



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO**

**Facultad de Filosofía y Letras**

**El Proceso Ascético y Místico en Moradas del  
Castillo Interior de Santa Teresa de Jesús**

**T E S I S**

Que para obtener el título de:  
Licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas

p r e s e n t a :

**ALFREDO AMESCUA Y REBOLLAR**



**FILOSOFIA  
Y LETRAS**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

a la dra. paciencia ontañon de lope blanch,  
presidenta del juardo

a margarita murillo gonzález  
maestra de literatura española medieval.

a mi directora de tesis  
profesora: alicia correa.

a mis padres en sus bodas de oro 1929 - 1979  
juan b. amescua y margarita rebollar de amescua

al profesor carlos de maria y campos díaz de la vega.

a carmen vidal de bago  
maestra de siglos de oro

a concha caso  
maestra ejemplar

"Elogio de la lengua castellana"

"¡Oh lengua de los cantares  
¡Oh lengua del Romancero !  
Te habla Teresa la mística  
Te habla el hombre que yo quiero

En ti he arrullado a mi hijo  
E hice mis cartas de novia  
Y en ti canta el pueblo mío,

El amor, la fe, el hastío,  
El desengaño que agobia.

Lengua en que reza mi madre  
Y en la que dije: ¡Te quiero  
Una noche americana  
Millonaria de luceros

La más rica, la más bella,  
La altanera, la bizarra,  
La que acompaña mejor  
Las quejas de la guitarra

¡La que amó el Manco glorioso  
Y amó Mariano de Larra !

Lengua castellana mía  
Lengua de miel en el canto,  
De viento recio en la ofensa,  
De brisa suave en el llanto.

La de los gritos de guerra  
Más osados y más grandes.  
¡La que es cantar en España  
Y vidalita en los Andes !

¡Lengua de toda mi raza,  
Habla de plata y cristal,  
Ardiente como una llama,  
Viva cual un manantial!".

Juana de Ibarbourou  
(Uruguay).

"A la que comparta mi vida"

Es tu ternura innata, femenina  
inocencia de sol que me enamora  
y así el canto del ave que en ti trina,  
muchachita fugaz encantadora.

Tan singular, tan pura es tu belleza  
y tan angelical, que se deslíe  
hacia la bruma grácil y traviesa.  
Eso es mi niña cuando ríe.

Que aceptes tal mensaje yo lo espero  
y aunque tu no escucharas, lo diría  
y tornarás el sueño en verdadero.

¿Qué sueño? ¿Qué mensaje? Tú lo ignoras,  
mas yo en que tú lo escuches tengo empeño  
y por eso lo canto donde moras...

Alfredo Amescua y Rebollar.

## INDICE

- 1.- Introducción.
- 2.- Generalidades.
  - 2.1.- La Escuela Mística Española.
  - 2.2.- Consideraciones sobre la escética, la mística y el - proceso literario.
  - 2.3.- La contemplación.
  - 2.4.- El misterio de Dios.
  - 2.5.- La llama viva del amor.
  - 2.6.- "Las etapas de la vida mística".
  - 2.7.- Generalidades sobre el proceso literario.
  - 2.8.- Características de la mística española.
- 3.- Moradas del castillo interior
  - 3.1.- Las Moradas de Santa Teresa y el proceso místico.
  - 4.- El proceso ascético y místico en Moradas del casti--  
llo interior de Santa Teresa de Jesús.
    - 4.1.- De las tinieblas a la luz.
    - 4.2.- Del amanecer de una nueva vida a la plenitud de la - luz.
    - 4.3.- Metamorfosis.
    - 4.4.- Los escarceos del amor.
    - 4.5.- Una inmersión en las fuentes de agua viva.

5.- Conclusión.

6.- Bibliografía.

## I . - I N T R O D U C C I O N :

Es el año de 1559, España y Francia firman la paz de Cateau-Cambresis, ante el avance del protestantismo, tratado que significó el reconocimiento de la hegemonía española en Europa y ratificó la amistad con el matrimonio de Felipe II e Isabel de Valois, hija de Enrique II.

La fecha es de las que dicen de sobra su significado en el mundo. El Greco tiene dieciocho años; Cervantes doce. En cinco más nacerá Shakespeare. Miguel Angel es ya un hombre maduro. San Juan de la Cruz tiene escritos sus cánticos maravillosos. Es la época del Tiziano y del Tintoretto y de Santa Teresa. En 1541 se ha producido la Reforma; pero ya en 1540 Ignacio de Loyola funda la Compañía de Jesús y con ella el arma decisiva de la Contrarreforma, que se dibuja en el agitado Concilio Tridentino. En 1543 Copérnico resdescubre, se diría, el sistema heliocéntrico. Es decir, nos hallamos ante uno de esos momentos de máxima intensidad en la historia del hombre. De máxima fecundidad. /

Para hablar de la gran mística, Teresa de Jesús, y en particular, al tratar de su obra descollante en este terreno misterioso de la unión con Dios, es imprescindible recordar lo que Allison Peers explica en su libro El misticismo español para comprender el ambiente que forma el alma de

España:

"Ningún viajero consciente puede pasar unas semanas en España sin darse cuenta de que el misticismo es algo innato en su pueblo.

Acabará por convencerse de que el alma de España es su propia mística, y terminará también por querer seguir la pista de su expresión a través de la historia, de la literatura y del arte e incluso buscarla en las actividades y aspiraciones diarias del pueblo español en el siglo XX.

Su primitiva historia nacional es la de una devoción de siglos a un ideal, y en una atmósfera así, el misticismo respira aire propicio. Hay que pensar en los ocho siglos que preceden la reconquista de la última ciudadela árabe, en los grupos de cristianos dispersos arrojados hacia el Norte, hacia las montañas de Asturias, que ningún conquistador ha podido hollar, en la formación de aquel pequeño reino que debía salir de su recinto norteño para crecer y extender sus fronteras, sin conocer descanso, viviendo a lo largo de siglos con un solo y vehemente deseo: reconquistar la gran España para la Cruz..."

Allison Peers, en El misticismo español, pp. 13 y 15.

La sensualidad del temperamento del conquistador árabe tuvo su santificación en el misticismo, y el fanatismo fue una válvula de furia acumulada durante casi ochocientos años de lucha.

El misticismo tuvo sus primeros brotes maduros, de manera súbita y sorprendente en los principios del siglo XVI. Muchos escritores, en diferentes naciones, han refutado la vulgar creencia de que el místico no es práctico y que suele ser un soñador y un recluso. Se ha comprobado que también coinciden los brotes de misticismo con los de resultados prácticos, en aquellas naciones donde también surgen poetas, escritores dramáticos, pintores, escultores, artistas, pensadores y gobernantes. Ejemplos claros de esto son los viajes de Colón, expediciones de Pizarro y grandes descubrimientos en América, mientras surgían el ejército ligero de Ignacio de Loyola y el movimiento reformador del Carmelo. En esa época, la vida civil y la religiosa estaban íntimamente ligadas. Felipe II, soldado de Cristo y gobernante, fue inmortalizado en la imponente construcción del Monasterio del Escorial. Se llamó Reyes Católicos a los más grandes gobernantes de España. En la literatura sucede lo mismo. Coinciden los más grandes escritores místicos con los más grandes escritores de otras

ramas. El Museo del Prado es una muestra viva de que, también en la pintura, conviven los místicos y los profanos.

## 2.- Generalidades:

### 2.1.- La Escuela Mística Española;

Es, sin duda, el Siglo de Oro de la Literatura Española la cúspide cultural. Abarca casi todos los temas literarios y sobresalen, brillando con luz propia, los genios incomparables de la pluma, que han de ser modelos y fuente de inspiración para las generaciones futuras.

Todos los efectos siempre tienen una causa. La efervescencia religiosa del siglo XVI, que ha dado a España los escritores más connotados, tanto por la expresión de su forma, como por la profundidad y solidez de su doctrina, no fueron fruto efímero de una inspiración pasajera, sino la consecuencia natural que brotó espontáneamente de la preparación religiosa y de la piedad práctica del pueblo en general. Uno de los más vigorosos propulsores de esta corriente de vida espiritual y cultural fue el Cardenal Francisco Ximénez de Cisneros, Regente de la Corona, durante la infancia de Carlos V. No sólo con su profunda y recia personalidad, que arrastraba a la imitación, sino también con la cultura que difundió en el pueblo, influyó grandemente en la intensi

ficación y extensión de la fe. De 1502 a 1507 logró la edición completa de la Biblia en sus textos originales, conocida como Biblia Políglota Complutense. A la influencia de Cisneros se agregan, indudablemente, dos hechos históricos de gran resonancia en el medio religioso: el cisma protestante, originado por Lutero y sus principales seguidores, Calvino y Zwinglio, que vino a renovar la verdadera búsqueda de Dios en la defensa de la fe, y la fundación de la Compañía de Jesús por Ignacio de Loyola, verdadera compañía de caballería ligera al servicio del Papa y de la fe.

El protestantismo que parecía desgarrar (cisma) las entrañas mismas de la Iglesia, vino, en realidad, a vivificar, a fortalecer y profundizar la fe de todos los creyentes. Como consecuencia del ataque a los valores espirituales y a la verdad de los dogmas, vino una efervescencia religiosa en todos los niveles sociales. El pueblo conoció mejor su religión y sus relaciones con Dios. Se suscitó el Concilio de Trento, tan importante, en su momento, para la vida de la Iglesia. Surgieron reformadores religiosos, que acabaron con antiguas fobias y tabúes en la práctica de las virtudes. De ellos fue Ignacio de Loyola quien, por medio de sus Ejercicios (forma práctica de vivir la vida de Dios), cambió la manera, un tanto mojigata y monjil, de comprender el servicio de Dios. Llevó hasta la mente de los hombres la consideración y contemplación de los misterios de la vida--

de Cristo, como divino modelo y Rey eternal, para transformar cada alma en un reino de Dios y procurar atraer y ganar a los demás para la misma causa. Fruto espontáneo y natural de esta verdadera revolución espiritual fue la pléyade de santos durante los reinados de Carlos V y Felipe II y la abundantísima producción de literatura religiosa, donde parecen destacar, entre otros, los grandes místicos San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Avila.

Menéndez Pidal y demás estudiosos de la lengua castellana, que estudian y analizan las obras y escritos de Santa Teresa de Avila la consideran como un modelo por demás original, dentro de la literatura clásica española. Sin embargo, para la Santa, la necesidad de escribir, no fue una necesidad literaria o artística, sino catársis y deseo de comunicación; pensamos que ella no tuvo conciencia de que sus obras escritas tendrían tanta resonancia en la literatura y no sólo en el terreno espiritual.

La razón de esto es lógica y natural. Teresa no escribió para la literatura. Teresa escribió, por obediencia, para lograr un objetivo perfectamente definido: mostrar al mundo, y en especial a su mundo religioso de monjas carmelitas descalzas, el mundo de ideas y experiencias divinas que hervían en su corazón y en su mente. Podríase completar el principio renacentista de "escribo como hablo" para expli--

car mejor el estilo de Teresa, diciendo: "escribo como hablo y hablo como pienso". Por eso la Santa no se preocupa por el estilo, ni la sintaxis, ni la galanura y curiosidad del bien decir. Nunca lo pretendió. Ella eligió el lenguaje llano para llanamente llegar a la mente de sus lectoras. Ella pretendió llevar a Dios a las almas, nunca establecer un estilo o ser un modelo de literatura.

## 2.2. Consideraciones sobre la ascética, la mística y el proceso literario:

El hombre, como ser racional y social por naturaleza, ha procedido siempre bajo la guía directriz de leyes o normas dadas por una autoridad.

Las leyes que rigen al hombre en el plano espiritual pueden proceder de dos fuentes: la divina y la humana. Dios da a conocer sus leyes usando dos vías de comunicación: una, al crear nuestra alma e infundir en ella lo que llamamos ley natural. Otra, por su revelación directa, contenida en las Sagradas Escrituras y principalmente en los Evangelios, y que termina con los Apóstoles. Las demás revelaciones que Dios quiera tener con sus criaturas quedan en un plano meramente privado y de responsabilidad individual. No tienen carácter de obligación general. La fuente de legislación humana en este terreno espiritual obviamente será la única autoridad competente reconocida, como representante de

la autoridad del Creador. Para el creyente lo será exclusivamente la Iglesia y sus representantes, asistidos por el Es  
píritu Santo.

El estudio de las verdades reveladas, de su Revelador y de las relaciones entre Dios y criatura y la conducta de ésta ante las ordenaciones que lo guían a su destino dan las diferentes definiciones de teología.

La teología moral trata de las normas de conducta que debe seguir el alma para acatar la voluntad de Dios en sus ordenaciones, en tanto que la teología ascética lo hace respecto de la aplicación práctica para el ejercicio de las virtudes. Diríamos dentro del mismo tema, la teología moral es teórica y la teología ascética es práctica.

Toda intervención de Dios en la vida de los hombres, y sobre todo en la vida espiritual de los hombres, queda in  
cluida en el terreno del misticismo.

Místico (del griego μυστικός) significa misterioso, y todo lo que con la actuación de Dios tenga que ver será dentro del terreno de lo misterioso. La distinción entre lo ascético y lo místico, dentro del proceso de la santifica---  
ción, es clara y evidente. El asceta (del griego ἀσκητής  
ejercicio), es el hombre que se dedica al ejercicio de las

virtudes, en sus diversas etapas, que lo llevarán, como efecto natural, a la unión con Dios. Este ejercicio, motivado por el amor a Dios y desarrollado por la voluntad decidida, empezará por la base elemental de la eliminación del pecado y todo lo que pueda llevar a él, seguirá por la imitación de Jesucristo, y concluirá en la unificación de la voluntad humana con la voluntad de Dios. Todo este trabajo, que abarca toda la vida, es la tarea que le corresponde al alma, es su lucha, es su aportación necesaria para lograr la meta de la santificación. Mientras más generosa y absoluta sea la entrega del alma en esta ardua labor, tanto más pronta y efectiva será su llegada a la meta, y tal vez, también, tanto más frecuente y copiosa la retribución divina, por medio de sus favores, concesiones y privilegios que comunicará al alma que se le entrega. Esto es misticismo. Es la parte que le toca a Dios. Es la reacción divina a la generosidad del alma que se le entrega con la plenitud de su amor. ¿Quién podrá saber y medir cómo, cuándo y por qué concederá Dios sus favores al alma que El quiera premiar por adelantado?

No obstante que los favores del místico dependen en su totalidad de la voluntad de Dios o, para decirlo de otra forma, de su divino capricho, podemos distinguir en ellos diferentes grados de favores, tanto en la frecuencia como en la intensidad en que se reciben. La unión del alma favo-

recida hace que las fuerzas de la naturaleza se vean a veces hasta suspendidas ante la prodigiosa intervención del Creador de todas ellas, que las maneja a su antojo. Encontramos arrobos, levitaciones, éxtasis, visiones, y en todas ellas nos queda abierta la puerta al misterio, o, lo que es lo mismo, cerrada a toda posible comprensión. La visión de Dios llega a producir en los místicos la confirmación en gracia. El impacto en el alma de la grandeza y hermosura de Dios es tan intensa y arrebatadora que no hay poder, ni atractivo, ni tormento alguno que pueda mover al alma a la ofensa de ese Dios que se ha dignado darse a conocer de esa manera. Esto no significa que el alma favorecida con este conocimiento de Dios pierda la libertad y, por consiguiente, el mérito de la selección de sus actos. No, queda imposibilitada para ofender a esa grandeza, pero queda libre para poder elegir entre actos de mayor o menor perfección y, por lo tanto, de mayor o menor mérito. Los Apóstoles quedaron confirmados en gracia, en Pentecostés, al recibir al Espíritu Santo, y la Virgen María, en el momento de su concepción. Los mártires, que en los circos romanos ofrecían su sangre y su vida en testimonio de su amor a Dios, mientras sufrían espantosos tormentos por negarse a ofenderlo, son una prueba palpable de un alto grado de misticismo.

la comunicación con el Amado y su presencia misteriosa, sumergían al alma en los más inenarrables deleites

que hacían que su naturaleza prorrumiera en cantos de júbilo y alegría celestial, cuando lo más propio hubiera sido el alarido desgarrador ante la presencia de la tortura y del acerbo sufrimiento. El Creador juega con las leyes de su naturaleza. Otra de las intervenciones prodigiosas de Dios en la naturaleza de las almas de sus consentidos, es la que tiene cuando comunica especiales favores que arrancan al alma, en espontánea reacción, sentimientos y actos de amor de un grado de intensidad fuera de los límites de nuestros conocimientos. En el proceso de la vida natural es frecuente que el organismo humano se resienta o afecte fuertemente cuando recibe súbita o inesperadamente una impresión profunda, ya sea grata o ingrata. Se puede morir de un susto, de un espantoso terror. Esto no es nada si se compara con el amor producido en el alma y en su voluntad ya que en vuelve a toda la persona, cuando el Esposo la atrae a Sí y la satura de amor divino. ¡Cómo es posible que la naturaleza soporte tan desmesurada afección! Dios se ve obligado a sostener, de una manera especial, las fuerzas de ese cuerpo cuya alma está por explotar de amor. Es la mística, es el misterio.

### 2.3 La Contemplación

Se le suele llamar contemplación al acto que define y expresa mejor la experiencia religiosa considerada como--

vida mística.

Parece ser que el origen de la palabra tenía otro sentido al venir del latín cum y templum. El templo no era el recinto cerrado, propio de un culto, sino el lugar rodeado de columnas y desprovisto de techo, desde donde se podía observar el espacio abierto de los cielos. Lucrecio, el poeta lírico-latino, escribía mentis templa refiriéndose a las profundidades misteriosas del alma.

Para los místicos, el objeto de la contemplación no es lo vulgar, simple y diáfano, sino lo inaccesible y misterioso. El observador o sujeto no requiere de su parte ningún esfuerzo de investigación sino el abrir los ojos para contemplar lo que por sí solo se presenta. Al decir de Santa Teresa, la contemplación incluye la existencia interior de otros sentidos, semejantes a los exteriores, que nos permiten deleitarnos, entusiasmarnos o maravillarnos con lo contemplado, en una forma sobrenatural.

"La primera oración que sentí, a mi parecer sobrenatural, que llamo yo la que con industria ni diligencia se puede adquirir; es un recogimiento interior que se siente en el alma, que parece ella tiene allá otros sentidos, como acá los exteriores". (Relación, V.) ¿Qué misteriosos sentidos son éstos y cuál es su función en la contemplación? ¿Cómo y ante qué se recoge o sobrecoje el alma? San Juan de la

Cruz empieza a disipar la niebla que envuelve a las tersas palabras de la Santa cuando, en su primera definición de la contemplación, nos dice que por ella "el entendimiento tiene la más alta noticia de Dios" y que la "llaman teología mística, que quiere decir sabiduría de Dios secreta, porque es secreta al mismo entendimiento que la recibe. Y por eso la llama San Dionisio 'rayo de tiniebla'" (Subida, 145).

A la noticia o advertencia de la presencia de Dios, que es la primera nota de la contemplación, se añade, pues, esta segunda, expresando que es un conocimiento amoroso y no intelectual. La tercera está ya insinuada por Santa Teresa en el texto en que afirma que la contemplación es una oración sobrenatural y a ella alude San Juan cuando dice que la teología mística se comunica o infunde en el alma.

La palabra infusa se contrapone en el lenguaje teológico a la de adquirida para expresar lo que es gratuita donación de Dios y no fruto y consecuencia de la labor humana.

#### 2.4 El Misterio de Dios

Lo que a nosotros, los profanos, desconocedores de las experiencias íntimas del alma de los místicos con la intervención divina, nos deja en el terreno nebuloso de la du

da y, más aún, de la ignorancia, es el hecho de que esas experiencias de las almas privilegiadas de Dios tienen un lugar en un nivel y en un orden que queda fuera de la posibilidad de comunicación con otros hombres. No tiene el místico, ni palabras, ni imágenes, ni otros medios humanos para hacer llegar a nuestro entendimiento lo que en el interior de su alma tiene lugar cuando el Creador interviene directamente en ella. No hay signos convencionales de ninguna especie que puedan comunicar lo sucedido en dos órdenes diferentes: lo natural y lo sobrenatural. Ese es para nosotros el "misterio de Dios". El conocimiento infuso que comunica Dios a su favorecido, el acto de amor inexplicable que éste experimenta y que no puede compararse con nada conocido, nos dejan sumidos en un mundo de conjetura y misterio.

Por eso Santa Teresa, muy hábilmente, hace uso de metáforas y comparaciones, para, en cierta manera, permitirnos barruntar algo de lo que el alma favorecida por Dios está experimentando.

## 2.5 La Llama Viva del Amor

Si hay algo difícil de definir y que se presta a prolijas e interminables discusiones, es el amor. Para muchos, no pasa de ser un sentimiento preñado de las cualidades más relevantes. No. Por noble que parezca ser y por mu-

cho que influya en nuestra sensibilidad, el amor no es un sentimiento, es un acto de la voluntad, consciente y deliberado que nos hace dar, y dar a la medida del acto de la voluntad.

Se suele definir al mismo Dios como amor. Cristo, en su Evangelio, nos dice que la prueba verdadera del amor hacia El no consiste en el afecto mostrado en palabras: "Señor, Señor", sino en el acto deliberado y consciente de la voluntad para cumplir sus mandamientos. Ahora ya podemos darnos una mejor idea del amor en el místico. En su acto de absoluta entrega al objeto de su amor, Dios, es llevado a superar los límites de su naturaleza y a penetrar en mundos, si no celestiales, por lo menos misteriosos.

Si por alma se entiende lo que anima, informa y realiza, el amor es, según los místicos, el alma del alma, que empieza a ser, a moverse y a existir cuando se enamora. El amor me lleva a donde quiera que voy, había dicho San Agustín, y nuestros místicos lo aclaran y corrigen, explicándonos que es a Dios a donde le llevan, que es el centro del amor. Centro de una cosa, ha dicho San Juan, es "a lo que más puede llegar su ser y virtud y la fuerza de su operación y movimiento, y no puede pasar de allí..."

En realidad, es también el Espíritu Santo quien con

suma en amor la existencia del alma, porque no hay amor ni-  
don alguno en el hombre, que no tenga su fuente y remoto o-  
rigen en la persona del Espíritu Santo, y más que ninguno,  
el amor místico. En una de sus más hermosas páginas, escri-  
be San Juan de la Cruz que el amor nunca está ocioso, sino  
que "como la llama, está siempre echando llamaradas acá y a  
llá," porque su oficio es herir para enamorar y deleitar,  
"ejercitando jocunda y festivalmente las artes y juegos del  
amor", en el más profundo centro del alma porque es allá  
"donde pasa esta fiesta del Espíritu Santo." (Llama, 842).

## 2.6 "Las etapas de la vida mística"

"Tanto Santa Teresa como San Juan de la Cruz nos  
han dejado varios esquemas de las diversas etapas por que  
pasa el alma desde que entra en la vida [ascética] hasta  
que llega a consumarse su unión con Dios... las tres vías,  
purgativa, iluminativa y unitiva, que se superponen la una  
a la otra, aunque cronológicamente se ande a la vez por las  
tres... Como los ascetas, ellos también nos hablan de purga  
ción, de iluminación y de unión, pero desde planos completa  
mente distintos y, por tanto, sin ninguna univocidad en sus  
expresiones. Buscan aquéllos arraigar y fortalecer la vida  
de la gracia en el alma, para lo que es preciso que rompa--  
con el pecado y mortifique su concupiscencia primero, que  
practique las virtudes e imite a Cristo, después, y que una

su voluntad con la de Dios, por último. A primera vista parece que el camino místico se acomoda también a este esquema, por lo menos en la primera de sus etapas, la que llaman purgación o noche oscura, en la que también hay que vaciarse del mundo, vivir de la fe y unirse con la voluntad divina; pero bien pronto se ve que la finalidad que persiguen y el espíritu que los anima son completamente distintos. La vida mística empieza cuando el alma está ya confirmada en gracia y su preocupación predominante es no tanto evitar el pecado, como aprovechar la gracia o gracias que Dios le concede, la santificante y esas otras visitas, comunicaciones y toques divinos, que por singular merced Dios les hace. Saben los místicos que para aprovecharlas tienen que superar o negar su naturaleza y de aquí el enconado empeño con que tratan de vaciarla o aniquilarla, como ellos dicen, para que Dios se mueva libremente en su interior; castigan, pues, a su cuerpo y a su alma, como los ascetas, pero no para reducirlos a esclavitud, que ya están bien sujetos y disciplinados, sino para darles mayor entereza y capacidad, pues si persistieran en su natural pequeñez y flaqueza ni podrían recibir las mercedes divinas, ni soportar el trato con Dios.

Tan lejos están de toda la aspereza ascética, que para ellos la señal de que ya el alma está madura para pasar de una etapa mística a otra es que no sienta gusto en los ejercicios religiosos que viene haciendo... los místi--

cos han recobrado milagrosamente la inocencia paradisiáca y, como Adán antes de pecar, tienen tan purificados los sentidos y tan sujetos al espíritu que 'de todas las cosas sensibles desde el primer movimiento sacan deleite de sabrosa advertencia y contemplación de Dios'..."

José M. Gallegos Rocafull, en La experiencia de Dios en los místicos españoles, pp. 185-189

"...Al final de {la peregrinación} se {develan} los misterios y el mismo Dios, uno y trino, se ofrece como visión, amor y gozo de los elegidos, que ven a Dios inmediata y directamente, tal como es, cara a cara, como audazmente afirma la Sagrada Escritura.

La pura y desnuda esencia de Dios es contemplada por la pura y desnuda esencia del alma que para tamaño en---cuentro tiene que robustecer y como ampliar su capacidad de visión para que ni se deslumbre, ni desfallezca ante la hermosura de Dios.

No puede el alma ver a Dios si no es físicamente ayudada, elevada y robustecida por la luz sobrenatural de la gloria, que está con su luz natural en la misma proporción que la gracia con la naturaleza..."

Gallegos, en ob. cit., pp. 50-51.

"De la segunda etapa mística, [la iluminativa], o--  
 desposorio espiritual... Como Santa Teresa, San Juan esta  
 blece una perfecta analogía entre los desposorios humanos y  
 éste otro divino. Los esposos, como era entonces costumbre,  
 no se han visto o tan solo de lejos y a hurtadillas, pues  
 la unión que hasta los desposorios tiene el alma con Dios  
 más bien es preparación para unirse que verdadera unión; a-  
 hora que se desposan, por primera vez vienen a vistas y se  
 dan las manos, sellando su compromiso de contraer matrimo--  
 nio. Éste se celebra en una fecha, que se solemniza y re---  
 cuerda, y consiste en una mayor comunicación entre los que  
 se hacen esposos. En este día de los esponsales se cambian  
 regalos y dan muestras de la mayor unión que hay entre e---  
 llos.

Hay, sin embargo, la diferencia de que en los despo-  
 sorios humanos esos regalos no causan mayor unión, sino que  
 son como la prueba visible de que la unión ya está hecha y  
 llegará a ser aún más íntima y definitiva el día del matri-  
 monio; en este otro desposorio entre Dios y el alma, son  
 los mismos regalos que de Dios recibe el alma los que reali-  
 zan o estrechan la unión, pues cuando se celebran, comunica  
 Dios al alma grandes cosas de sí, hermoseándola de grandeza  
 y majestad, y arreándola de dones y virtudes, vistiéndola  
 de conocimiento y honra de Dios, bien así como a la desposa-  
 da en el día del desposorio. No regala nada el alma, pues

suyo nada tiene y lo que de Dios tenía recibido, se lo entregó ya en los mismos comienzos de su enamoramiento divino.

¿Qué más significativo que uno de los más valiosos sean los dones? Porque los dones, los del Espíritu Santo: [sabiduría, entendimiento, consejo, ciencia, fortaleza, piedad y temor de Dios]; son siempre como la prenda o el anticipo de que se ha de recibir el gran don, que es la misma di-  
vinidad: empieza ya a levantarse un poco el velo que la en-  
cubre en el desposorio, se hará aún más oscuramente patente  
en el matrimonio, y será contemplada tal como es en la glo-  
ria. Los dones que con otras joyas recibió en prenda de ma-  
trimonio son como las ventanas por donde Dios entra a su  
más profundo centro, ya sin aquel gran detrimento y temor  
del natural con que acaecían en un principio estas comunica  
ciones divinas, sino suave y deleitosamente, como si ya fue-  
ra connatural al alma el trato amoroso e íntimo con Dios.  
Se resiste todavía la parte sensitiva, que no pierde del to  
do sus resabios hasta el matrimonio espiritual; padece toda  
vía ausencias y perturbaciones, pues las visitas de Dios  
aunque frecuentes, no son continuas; ha de resistir todavía  
las esechanzas del demonio, que ya en las postrimerías de  
su poder, redobla sus ataques, pero ya ha salido de la no--  
che oscura y las primeras luces de la aurora le cercioran  
íntimamente de que viene el día de su venturoso matrimonio.  
Señala éste la tercera y suprema etapa de la vida mística,

la unitiva. San Juan de la Cruz, que no se atreve a hablar de Dios de manera tan gráfica como Santa Teresa, es mucho más osado que ella hablando de la consumación del matrimonio, de la que nos dice que "después de haber sido el alma algún tiempo esposa en entero y suave amor con el Hijo de Dios, después la llama Dios y la mete en este huerto florecido suyo a consumir este estado felicísimo del matrimonio consigo" uniéndose con ella de manera mucho más intensa a-- como hasta ahora lo había hecho.

Al llegar al matrimonio comprende el alma que todos aquellos trabajos que pasó cuando andaba limpiándose de sus impurezas, como aquellas otras visitas que Dios le hizo al desposarse con ella, se ordenaban a esta unión como matrimonial en la que halla 'mucho más abundancia y henchimiento de Dios y más segura y estable paz y más perfecta suavidad, sin comparación, que en el desposorio espiritual'..."

Ibídem., pp. 212-213.

En síntesis, las vías del proceso místico, en Santa Teresa, como en San Juan y en los místicos españoles son esencialmente tres:

La vía purgativa, que tiene una mayor identificación con la ascética, en el sentido de que es la purificación, o preparación del alma. Es la purgación, la santifica

ción, el esfuerzo del hombre para librarse del mal, de lo mundano y prepararse esencialmente para el encuentro con Dios. En este camino es el hombre, el ser humano, el que actúa, es la participación activa del alma para emprender la aventura del amor con Dios.

Se inicia la vía iluminativa cuando Dios ve la acción, la participación del ser para buscar su amor, el trabajo, la liberación de lo mundano y la insistencia en iniciar la aventura amorosa. Es, según palabras de Santa Teresa: "el empujoncito que Dios da al alma".

Es la participación de la divinidad en el proceso amoroso. Dios baja al alma para subir juntos y realizar la unión; es la iluminación de Dios al trabajo del alma, es la aprobación divina. Este primer encuentro es la preparación para la unión que se realiza, entonces, en la última vía, la unitiva. En este punto se logra la perfecta e íntima comunicación con Dios. La aventura amorosa ha culminado, es el clímax, el éxtasis divino.

## 2.7.- Generalidades sobre el proceso literario:

El hombre, ser racional e inteligente, creado a la imagen y semejanza de Dios, tiene, como su Creador, una facultad maravillosa, una mente creadora de ideas y pensamientos individuales. Por otra parte, el hombre es también un

ser social por naturaleza. Esto origina una necesidad: La comunicación. El hombre necesita transmitir a otros hombres sus creaciones, sus ideas. Todo lo que nos comunique será necesariamente simbólico, representativo, y por lo tanto, convencional, ya sea sonido (lengua oral), signo gráfico (lengua escrita), ademán, gesto, etc. ¿Qué es lo verdaderamente importante? Que nuestra idea, como existe en nuestra mente, llegue a la mente de nuestro receptor. Bien lo indicó San Juan Crisóstomo: "la palabra es la nave donde se embarca el pensamiento, cuando la nave no es apropiada, el pensamiento naufraga en el marasmo de la confusión."

## 2.8 Características de la Mística Española

En esencia podemos concluir que lo que caracteriza a la mística española es, por una parte, el Realismo, en el sentido de expresión vital de una sensación real. Santa Teresa y San Juan explican su experiencia mística, comparándolas con realidades, hasta cierto punto cotidianas. Para Santa Teresa es un castillo el camino para encontrar a Dios y sus habitaciones las distintas estancias preparatorias para la unión. Para San Juan, Dios es el amado, el esposo; el alma, la amada, la esposa; y el ámbito donde se realiza la unión es la naturaleza humana. Santa Teresa expresa: "como el asno busca las hojas de trébol apetecible, así yo busco al Señor". Su comparación expresa su deseo de comunicar es-

ta subjetividad de alguna manera vívida, real.

El sentido activo es su segunda característica, es derivación, hasta cierto punto de este aspecto realista. El encuentro con Dios y la perfecta unión, son producto de la participación activa del alma, del compromiso que el ser humano tiene, con la realidad. La unión con Dios no es sólo producto de la meditación, sino también de la acción en la realidad, del compromiso con Dios en el ámbito cotidiano. Es una aventura, y, como tal, es un compromiso activo. Santa Teresa no permanece en su celda esperando a que Dios baje. No. Ella va por los caminos de España, también "desfaciendo entuertos".

El amor, tercera característica, obviamente forma parte de todo proceso amoroso. Aquí se da amor para recibir amor. El amor es causa y efecto.

### 3.- Moradas del castillo interior:

#### 3.1.- Las Moradas de Santa Teresa y el proceso místico:

Los antiguos llamaban las Moradas o El castillo interior. El título completo es Moradas del castillo interior. Todo él describe, en efecto, los apartados del alma, bajo la alegoría de un castillo, donde tienen significado propio los fosos, adarves, murallas, cercas y arrabales, hasta el alcázar y torreón, donde tiene el Señor su alcoba personal, desde la cual gobierna a toda la gente del castillo. Es el análisis más minucioso que la Santa hizo de la contextura natural del espíritu, con influencias innegables de San Juan de la Cruz.

"... Acabóse esto de escribir en el monesterio de-- San Josef de Avila, año de 1577, víspera de San Andrés, para gloria de Dios, que vive y reina por siempre jamás,----- amén."

Santa Teresa, en "Epílogo" de Moradas del castillo interior, p . 450.

"La palabra místico, helénica de origen, que se usaba entre los griegos para designar a los iniciados en los ministerios del culto, con que se honraba alguna de sus dei-

dades. Tal es la significación que tiene en varios pasajes de Aristófanes... De los gentiles pasó a los cristianos,--- quienes aplicaron esta denominación a aquellas almas predi lectas, que, por penetrar más hondamente en la inteligencia de las cosas divinas y unirse con más apretado lazo de amor al supremo Bien, participaron más de la vida sobrenatural y extraordinaria con que el Espíritu Divino hace vivir a su-- regalada esposa, la Iglesia de Cristo.

Místicos fueron, por consiguiente, todos aquellos-- Santos cuya inteligencia y cuya voluntad, henchidas por la infusión sobre abundante de esos misteriosos dones, fueron-- constituidas en un estado psicológico particular, desconoci do para el vulgo de las almas justas. Según esto y tomada-- la palabra místico en toda su latitud, será escritor místi co sólo aquel, en cuyas Obras se vea la manifestación de e-- se estado psicológico, bien sea por tratar y exponer esta-- materia, o bien por dar a sus producciones una forma tal,-- que revele en ideas y afectos ese endiosamiento del alma,-- misteriosamente unida con Dios...

Pero avancemos más y más las ideas. Literariamente considerados, no se apellidan místicos todos los escritores en que se desenvuelve la materia propia de esta ciencia sa grada. La fría y árida pluma del escolástico que desentraña se estos misterios, y explayándose en investigaciones psico lógicas, nos describiese los diversos estados porque atra--

viesa el espíritu antes de llegar a la posesión de Dios por unión de amor, conquistaría de seguro para el autor el nombre de científico de escritor místico, mas no los honores--reservados en la crítica literaria para esta honrosa denominación. ¿Y por qué? Porque lo que constituye el nervio del misticismo, la sangre, por decirlo así, que le da vida, no es la materia sobre que versan, sino la forma. En ese vapor santo que hinché los senos del alma, y humea como oloroso incienso de todos los pensamientos que el entendimiento engendra, y de todas las palabras que la lengua articula, es el férvido afecto que debe palpitar en las páginas de escritos tales. Sin esto no hay misticismo, y el autor de tales producciones será sabio, será filósofo, teólogo, moralista, asceta, cuanto queráis; pero místico no lo será, no puede serlo; literalmente hablando, nadie así le apellidará".

Luis Martín, S.J., en Las Moradas de Santa Teresa y el misticismo literario, pp. 96-97,99-100.

Por lo que a nuestra tesis atañe y que viene como anillo al dedo para la clarificación de nuestros términos,-- la obra del P. Luis Martín, S.J. nos explica en forma clara (y por demás amena), que deja fuera toda posible duda acerca del concepto, lo que debe entenderse por místico y por--escritor místico en un sentido de crítica literaria. No---pretendemos en la tesis mostrar todo un tratado pormenori---zado y científico de la más alta mística; más bien pretende

mos mostrar, la manera como una gran mística con una pluma-ágil y preñada del amor de Dios, nos va guiando en su obra, sin una ruta preestablecida, de favor en favor, hasta el---trato más misteriosamente profundo en que pueda soñar un alma con Dios de "tremenda Majestad", transformado por el a--mor en el más dulce, tierno y obsequioso de los esposos.

"... En las cuartas moradas comienzan los favores--del Señor; hay en ellas 'cosa tan delicadas qué ver y qué--entender', que difícilmente podrá comprenderlo el no experimentado. Ya no entran las pasiones del alma ahí, y si penetran es para que el alma quede más fortalecida al resistir--las. Para hacer entender los favores de este grado, que co--rresponde a la oración de recogimiento, se vale la autora--de la comparación con un brasero de perfumes; 'ni se ve la--lumbre ni donde está, más el calor y humo oloroso penetra--toda el alma'..."

Angel Valbuena Prat, en Historia de la literatura--española, T.I, p. 722

De acuerdo con Valbuena Prat y su pormenorizada ci--ta de las diferentes moradas, insistimos en que no es factible determinar si las conocidas vías espirituales: purgati--va, iluminativa y unitiva van coincidiendo con exactitud y--progresión con las 7 moradas de Santa Teresa. Es evidente--que en las dos primeras moradas no se trata todavía de la--

vía unitiva, y que en las séptimas ya no hay nada de la purgativa. Lo difícil de definir son los límites; por una sencilla razón: no los hay, ¿Hay definición en el paso de un color a otro en el arco iris? Lo mismo sucede en este camino místico; claros son el inicio y la meta, pero no se puede precisar los pasos intermedios.

#### 4.- El proceso ascético y místico en Moradas del castillo interior de Santa Teresa de Jesús

##### 4.1 De las tinieblas a la luz

##### De las primeras a las segundas moradas

En plena madurez espiritual, el alma de Santa Teresa no se resignaba al goce de la intimidad con Dios en su trato personal y a la recepción de los favores divinos, en la más alta de las comunicaciones. Quería mostrar el camino, para que quedara patente en ellas el acceso al trato con el Redentor. Esta simpática mujer, saturada de la humildad de Cristo, jamás se hubiera atrevido a expresar por escrito--- conceptos tan elevados en el camino de la santidad, que eran los conocimientos prácticos por ella adquiridos en el trato y unión con Dios. Tal vez se hubiera atrevido a hablar de ello a sus monjas, en los múltiples conventos por ella fundados, y, tal vez, alguna de sus seguidoras nos hubiera dejado un vestigio de las lecciones de su Maestra.

Afortunadamente para la posteridad, fue una orden-- de sus superiores, la que hizo que la Santa de Avila, nos-- dejara, en un estilo sabroso y al alcance de todas las al-- mas, por sencillas que fueran, todo un caudal de experien-- cias divinas, presentadas a la manera de una comparación:-- la vida de la gracia, la participación del hombre en la vi-- da de Dios se asemeja a un castillo o a unas Moradas, donde hay diversas habitaciones. Debemos tener muy en cuenta que-- la metáfora básica empleada por la Santa de Ávila a través-- de toda su obra, y que se va desarrollando en las etapas en que ella la presenta, supone una situación perfectamente de finida respecto al alma llamada Castillo interior.

Esta alma tiene en sí una cualidad muy especial, la participación de la vida de Dios aposentado en ella en su-- parte más interior. El avance a través de las diferentes ha bitaciones o moradas y las dificultades que tendrán que ir-- superando, forman ese proceso de limpia y purificación ha-- cia la santidad.

Santa Teresa, en el estilo práctico que la caracte-- riza y por medio del cual logra poner al alcance de las men tes sencillas de sus monjas, ideas sublimes sobre la santi-- dad y unión con Dios; ordinariamente sintetiza en forma de-- metáforas, alegorías o símiles, que hablan más a la imagina ción, todo un conjunto de ideas elevadas que, de otra suer--

te, tal vez no serían tan bien comprendidas por sus discípulas. Siempre, en toda la exposición de la obra, late en el alma la vida de la gracia.

En términos literarios tenemos que notar que esta-- metáfora general, y otras muchas empleadas por la Santa pasan, en verdad, a la calidad de alegorías o metáforas continuadas y las va empleando con enorme variedad de matices,-- según las necesita para aclarar las ideas tan elevadas que tenía que comunicar a sus religiosas.

Otra consideración de suma importancia, al estudiar el proceso de santificación en el estilo fresco de la Santa, es la de tener en cuenta que Teresa de Ávila no es ninguna-- especialista que expone sus ideas con la destreza con que-- el experto conocedor de la lengua, con el rasgo apropiado y el término exacto, evita toda imprecisión y agrega un detalle de belleza, sino más bien es la ciega obediente, llena de buena voluntad y entusiasmo que busca la forma más adecuada para poner al alcance de sus, muchas veces, incultas-- monjas, las elevadísimas ideas y experiencias de la comunicación con Dios.

Siguiendo la línea dejada por estas formas sabrosas del estilo, podremos recorrer, guiados por su mano firme de Maestra y guía espiritual, el camino siempre ascendente de--

la santificación. La Santa va usando las metáforas y símiles que más vienen a cuento para clarificar las ideas que quiere vertir en las almas de sus religiosas en camino de perfección.

Considerando que Teresa divide las Moradas o habitaciones de su castillo interior en siete, tenemos que advertir que la Santa no pretende hacer una división matemática, ni demarcar los límites topográficos de un lugar, ni siquiera siete etapas definidas en el proceso ascético de la santificación y de la unión con Dios. Nos parece que emplea el número siete en una forma simbólica, como también lo empleó Pedro en el Evangelio al referirse al número de veces que podría ser perdonado un pecador. No es esto nada de extraño, si se tiene en cuenta que Teresa de Ávila tuvo, como fuente de inspiración, el trato continuo con su Señor en la cotidiana meditación, y el estudio y consideración de los Evangelios. Probablemente el mismo Jesús, fue el que enseñó, o, por lo menos, confirmó en Teresa el empleo de los símbolos, metáforas y parábolas para hacer llegar a las mentes sencillas las ideas más sublimes. Jesús tiene salpicado todo el Evangelio con sus parábolas. Encontraremos en la primera etapa del proceso de santificación, infinidad de elementos de purificación, así como material de desecho.

El primer paso del proceso ascético de santifica---

ción es precisamente eso: una intensa actividad que tiene-- como propósito el desbroce y eliminación de todos los ele-- mentos nocivos que entorpecen la presencia de algo. Tratán-- dose de un alma, el uso de metáforas y diversos símiles re-- sulta imprescindible, ya que no tenemos a nuestro alcance-- la terminología adecuada para representar operaciones que-- se llevan a cabo en un terreno muy ajeno a la percepción de nuestros sentidos. Para hablar a sus religiosas de las ope-- raciones que se desarrollan en un medio misterioso, Teresa-- trae a colación los elementos que, sacados de la vida real-- y sencilla de las almas a quienes se dirige, servirán para, en cierto modo, facilitar la comunicación de fenómenos que-- se realizan en un plano, si no desconocido, por lo menos,-- difícil de precisar. En la primera de sus metáforas la San-- ta empieza ya a manejar con habilidad la manera de suscitar en la imaginación de sus monjas y provocar en ellas la ima-- gen definida de un lugar donde se llevará a cabo todo ese-- proceso de purificación y limpieza: unas moradas.

San Ignacio de Loyola, en un paralelismo, y usando-- un término empleado por Teresa, sujeta a la imaginación, -- "a la loca de la casa", por medio de un artificio semejante que él llama "composición de lugar". Este artificio es la-- primera metáfora donde la Maestra reduce el campo de acción de la imaginación a unas moradas o castillo en cuyo inte--- rior vive Dios, y a donde el alma procurará llegar para te-

ner con El un trato verdaderamente íntimo. Para llegar a ese interior hay que pasar por otras habitaciones:

unas en lo alto, otras en bajo,  
otras en los lados...

Santa Teresa, en (M.I,1,3).

Esas habitaciones no están como debieran y albergan en sí mucha basura. Empieza ya el trabajo de purificación-- al entrar en contacto con la realidad presentada en las metáforas: el ideal: la santificación del alma en la unión--- con Dios; la presente realidad, lejos de ese ideal: la repulsión de Dios ante "gusanos de mal olor" (el alma con sus imperfecciones). Una mujer tan plenamente compenetrada con las enseñanzas del Evangelio y que tan perfectamente conocía por experiencia la advertencia divina del Señor: "Sine me nihil potestis facere", sobre todo en el campo espiritual, tenía que saber que el único modo de avanzar a través de las diferentes habitaciones en esas moradas en busca de la intimidad con Dios, era el trato con El mismo por medio de la oración. No debemos pasar por alto que Teresa se dirige en esta obra a monjas contemplativas, cuyo medio normal de santificación era la práctica de la oración cotidiana. Esa purificación de las imperfecciones se vuelve absolutamente necesaria cuando les dice la Santa que no facilita la comunicación con Dios el verse

gusanos de mal olor...

S. Teresa, en ob.cit.,

El trabajo de limpieza sigue adelante y la metáfora será el camino de expresión por donde la Maestra lleva de-- la mano a sus alumnas espirituales. Insiste en la vital importancia de la oración al hacerles ver que la monja que no la practique queda irremisiblemente incapacitada para lle-- gar alguna vez a ese íntimo trato con Dios.

Las almas que no tienen oración  
como un cuerpo con perlesía u to-  
llido, que aunque tiene pies y ma-  
nos, no los puede mandar...

S. Teresa, en *Ibíd*em ( 1,6 )

Es para la guía espiritual una necesidad imperiosa-- hacerles ver a sus discípulas el gran peligro que corren,-- si llegan a contemporizar y a, en cierta manera, habituarse-- a convivir con sus

sabandijas y bestias

Idem.,

Porque nunca podrán liberarse de ellas y avanzar en su etapa de purificación. Teresa ataca la imaginación, tal- vez adormecida, de sus monjas con vívidas imágenes, plenas- de aliciente y atractivo. Incita la Santa a rehuir el trato de esas bestias recordando a sus hijas quién es el que vive en el centro de ese castillo:

Antes que pase adelante os

quiero decir que consideréis que será ver este castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de vida que está plantado en las mismas aguas de la vida, que es Dios...

Ibidem., (2,1)

El afán de convencimiento es fecundo y la Santa sigue abundando en su idea de fijar con profundidad en la mente de sus discípulas la presencia del Señor en el alma en gracia, que es como un sol que irradia potentísima luz y--- que el alma reflejaría como un cristal. Nunca deja esta--- práctica Maestra de llevar sus ideas a sus últimas consecuencias. Menciona en este punto lo que sería el alma si dejara de percibir la presencia de su Dios si, en el peor de los males, la gracia divina dejara de informarla.

No queráis más saber de que con estarse el mismo Sol que le dava tanto resplandor y hermosura todavía en el centro de su alma, es como si allí no estuviese para participar de El, con ser tan capaz para gozar de Su Majestad como el cristal para resplandecer en él el sol...

Idem.

En vez de identificarse con Dios que es luz, que es belleza, se identificaría con el demonio.

... en fin, el intento de quien hace un pecado mortal no es contentarle, sino hacer placer al demonio, que como es las mismas tinieblas, así la pobre alma queda hecha una mesma tiniebla...

Idem.

Siendo para Teresa tan aborrecible el pecado, no se contenta con mencionar sus males y secuelas una sola vez.-- Insiste en ello. Quiere que sus hijas abran los ojos desmesuradamente y que por ellos penetren las imágenes que ella quiere grabar en sus mentes. Imágenes llenas de fuertes tonalidades, de rasgos indelebles.

Les habla de la vida y la muerte. La vida es la gracia, la muerte es el pecado. De la vida brota vida, de la muerte brota muerte, peste, desventura y suciedad. Más que asustar a sus monjas con la mención de las eternas sanciones, con las que podía reforzar sus argumentos de purificación, la práctica mujer, que ya ha experimentado el contacto con el Divino Esposo, prefiere influir en sus alumnas--- por medio del aliciente de la belleza y el bien perdidos y la cercana posibilidad de recuperación que se efectuaría -- con un sencillo acto de purificación: el levantar el paño negro del pecado que cubre la infinita y perenne hermosura del Sol de la vida e impide el flujo de la Fuente cristalina de la gracia.

Es de considerar aquí que la fuente y aquel sol resplandeciente que está en el centro del alma, no pierde su resplandor y hermosura, que siempre está dentro de ella y cosa no puede quitar su hermosura. Mas si sobre un cristal que está a el sol su pudiese un paño muy negro, claro está que, aunque el sol dé en él, no hará su claridad operación en el cristal...

Ibíd., (2,3).

Este es uno de los puntos donde la metáfora empleada se torna en alegoría. Se queja ahora de que, para efectuar esta sencilla operación de levantar un paño muy negro o desprender la pez, hay excesivos problemas nacidos de los demás huéspedes de esas moradas. Las mismas potencias del alma y sus sentidos no ayudan en lo más mínimo para este fin. Son maestresalas y mayordomos mal dirigidos. Son ramas de un tronco plantado en aguas negras que no pueden dar sino frutos podridos. Habría que acudir al mismo Esposo para realizar la operación. El sería el único que podría devolver al alma la luz de la vida y el agua de la gracia. Para no llegar a ese extremo de desastre tenemos al vigilante di vino:

... porque, si El no guarda la ciudad, en vano trabajaremos, pues somos la misma vanidad...

Ibíd., (5)

Se va viendo en la aplicación que hace la Santa de sus diversas metáforas qué embebida estaba de las lecturas de las Santas Escrituras, porque sus comparaciones brotan como las ramas del tronco bíblico plantado en su corazón.-- La base para la efectividad en el proceso ascético que le permitirá al alma ver con claridad todos los elementos intrusos que hay que ir desalojando, es la humildad. Como lo explica la misma Maestra, esa humildad, o reconocimiento de su propia indigencia y debilidad, la obliga a sacar dos conclusiones de cada merced recibida de Dios: un temor grandísimo de ofender a quien tanto nos da y una profunda convicción de que cualquier cosa

... que hagamos no viene su principio de nosotros, sino de esta fuente adonde está plantado este árbol de nuestras almas y de este sol que da calor a nuestras obras.

Idem.

Nos presenta Santa Teresa la imagen práctica de las cosas a todos conocidas: la fuente, el árbol, el sol. No quiere la Maestra confusiones en la mente de sus alumnas.-- Si la doctrina teológica del pecado original y la naturaleza caída del hombre, por lo cual tiende a lo malo desde su mocedad —como decía San Pablo—, la comprendía la Santa tal vez por comunicación divina y no por estudios es-

pecializados, probablemente sus discípulas no la habían asimilado en la misma forma ni por los mismos medios. Teresa--no quería que esta verdad de fe de la Iglesia, que para e--lla era además una convicción, se perdiera jamás de vista--durante toda la etapa de purificación. "No hago el bien que quiero y hago el mal que no quiero", decía San Pablo.

La Santa lo había leído y lo había vivido y, por lo que se ve a lo largo de las primeras moradas —vía purgativa—, en sus metáforas se ve el empeño que tenía de inculcarles a sus religiosas esta verdad que, como consecuencia lógica e inmediata les permitiría afianzarse en esa cualidad primordial de la purificación: la humildad. Por eso--se extiende la Maestra por tantas moradas, en etapa de limpieza. Porque es la parte donde entra en juego la voluntad--humana, es el proceso ascético.

En las otras moradas actúa la voluntad divina, proceso místico. Ella fue siempre sinceridad, entrega, verdad. En otra de sus obras propone su propia definición de humildad, iluminada por el trato íntimo del que dijo: "Yo soy la Verdad y la Vida, yo soy la luz del mundo". Para ella era--patente, bajo esa luz celestial, que para tratar al Esposo--no se podía fingir, ni aparentar y definió así esta virtud--esencial: "la humildad es verdad". Para el trato íntimo del alma con su Creador, con el Rey de Soberana Majestad y de--infinita grandeza, para poder estar en su presencia de la--

manera menos indigna, había, en primer lugar, que lucir la vestidura más blanca sin la más leve señal de suciedad o de impureza. Solamente con los ojos de la humildad se pueden--conocer infinidad de fallas, defectos y pequeñas máculas---que afean al alma en la presencia del Esposo: "la humildad es verdad", nunca ficción. No se puede llegar a disfrutar--del exquisito manjar divino si no se quitan primero las múltiples envolturas que lo encierran y nos impiden llegar a él.

¡Con cuanta sencillez lo expresó así la santa

... considerad como un palmito,  
que para llegar a lo que es de  
comer tiene muchas coberturas,  
que todo lo sabroso cercan...

Ibídem., (8)

Insiste la mujer práctica en el punto que conoce como fundamental. Aquella de sus monjas que quiera entrar a--las intimidades con Dios debe ser cada vez más humilde. Esa humildad la tendrá al compararse con la grandeza del Dios--a quien quiere servir y amar, y de El mismo, como la abeja--de las flores saca la miel, sacará, imitando la constancia--del maravilloso insecto, la miel de la humildad de la persona del Salvador; Cristo mismo nos dijo:

"Aprended de mí, que soy manso y humilde de cora--zón".

En su castellano sabroso y pintoresco, la Maestra-- se deja llevar del ímpetu de su intención y atropella un poco la claridad de la metáfora que probablemente no releyó,-- como ella misma confiesa en su prólogo:

... la humildad siempre labra como la abeja en la colmena la miel, que sin esto todo va perdido; mas consideremos que la abeja no deja de salir a volar para traer flores. Ansí el alma en el propio conocimiento; créame y vuele algunas veces a considerar la grandeza y majestad de su Dios.

Idem.

Ahora sí, supuestamente pertrechada el alma con este escudo de la verdadera humildad vuelve con nuevo vigor a la ardua y poco grata tarea de limpieza y purificación. Es el perpetuo desprendimiento del "yo", de la miseria, del--- fango, de las malas tendencias, de la muerte.

... y si nunca salimos de nuestro cieno de miserias es mucho inconveniente...

Ibídem., (10).

Con todo este cúmulo de lastre de nuestra naturaleza caída no podrá el alma, aun entrando a otras moradas menos ingratas, percibir la presencia luminosa del Señor del castillo, del Sol de Vida. La metáfora que usa la Santa pa-

ra aclarar la dificultad de este trabajo es elocuente. ----  
 ¿Quién puede ver algo teniendo tierra en los ojos? y ¿qué co-  
 sa más enojosa y poco grata que tener que limpiar un sitio-  
 tan sensible y delicado como son los ojos? No obstante, hay  
 que hacerlo, porque el mantenerlos cerrados es quedarse en-  
 tinieblas ante la presencia, por lo menos imaginaria, de---  
 bestias y cosas emponzoñosas.

... con tantas cosas malas de  
 culebras y víboras y cosas em-  
 ponzoñosas que entraron con él,  
 no le dejan advertir a la luz.  
 Como si uno entrase en una par-  
 te adonde entra mucho sol y  
 llevase tierra en los ojos que  
 casi no los pudiese abrir.  
 Clara está la pieza, mas él no  
 lo goza por el impedimento u  
 cosas de estas fieras y bestias  
 que le hacen cerrar los ojos  
 para no ver sino a ellas.

Ibíd., (14).

No tarda la prudente guía en advertir a las más osa-  
 das y decididas de sus religiosas, de un peligro sutil que-  
 hay que vigilar para no sufrir amargas consecuencias. El de-  
 monio no permitirá que un alma generosa se entregue con a-  
 hínco a este trabajo de purificación y de renuncia al pro-  
 pio "yo", sin tratar de malograr su intento.

Teresa previene su astucia y lo compara al trabajo-  
 silencioso y casi imperceptible de una lima:

Ya os dije otra vez que es como una lima sorda, que hemos menester entenderle a los principios.

Ibíd., (15).

Pero si este trabajo diabólico es inefectivo, el demonio no se dejará vencer fácilmente. Por el contrario, redoblará sus ataques, perturbará las potencias y sentidos y alojará más a la imaginación para que el alma, en vez de--- querer seguir adelante, trate de volver atrás a las primeras moradas, asustada por el estruendo de las baterías y el estrépito de la batalla.

... aquí está el entendimiento más vivo y las potencias más hábiles; andan los golpes y la artillería de manera que no lo puede el alma dejar de oír...

S. Teresa, en (M.II.1.3).

4.2 Del amanecer de una Nueva Vida a la plenitud de la luz.

De las segundas a las quintas moradas.

Teresa ha vivido todo esto. Siente en lo interior-- de su alma de Maestra, y Maestra espiritual, el imperioso-- anhelo de advertir a sus hijas de religión el tipo de argucias que intentará emplear el mal espíritu para desanimar-- las en ese proceso tan saludable de purificación. De nuevo

la Santa echa mano de la metáfora para iluminar esas mentes incultas, pero buenas y sencillas. El demonio presentará de nuevo sus atractivos y sus placeres. Lanzará señuelos para atrapar el alma por los deleites de la naturaleza. La--- Santa abre los ojos a sus monjas mostrando la imagen resultante de los que se han dedicado a la satisfacción de sus a petitos, de los que han convivido con "estas culebras de--- las cosas del mundo".

Porque aquí es el representar  
los demonios estas culebras de  
las cosas del mundo...

Idem.

Todos ellos acabarán devorados por los gusanos:

... y mirar que están en  
aquel cuerpo hirviendo  
muchos gusanos...

Ibídem., (4)

Raro es el combatiente que resulta ileso al término de prolongadas batallas y mucho más cuando el enemigo es--- tan hábil y tan experimentado. En esta enconada lucha sin-- cuartel hacia la unión con Dios y a través de tantísimos pe ligros representados por "cosas emponzoñosas y culebras venenosas", se ha de tener un cuidado extremo para no ser he-- rido, y un valor heroico para soportar los dolores y el can sancio que son fruto del esfuerzo del combate.

Profunda conocedora de la humana condición, la Maestra advierte que habrá tropiezos y pequeñas heridas, pero-- que también estará el Divino Curandero para acudir en nuestra ayuda.

... eso han hecho estas cosas emponzoñosas que tratamos, que como si a uno muerde una víbora se emponzoña todo y se hincha, así es acá; no nos guardamos. Claro está que es menester muchas curas para sanar y harta merced nos hace Dios si no morimos de ello.

Ibídem., (5)

Insiste y vuelve a recordar a sus alumnas que el demonio no dejará su presa y no consentirá en que ésta progrese en el camino de la perfección, y si no puede disuadirla con violentos ataques y abiertas acometidas, procurará hacer que el alma se engolosine con el sabroso bienestar de la paz de la oración. Teresa ya conoce la artimaña y apela al sentido de generosidad y sacrificio de sus monjas, para superar también este peligro. Las quiere abrazadas a la--- Cruz de Cristo, hasta que el Esposo se digne llamarlas a Sí, y no entretenidas con engañosas dulzuras que no son propias todavía de la etapa que tratan de superar:

... abrazaos con la cruz  
que vuestro Esposo llevó  
sobre Sí...

Ibídem., (7).

Una vez aferradas con amor a la Cruz de Cristo puede el alma sentirse segura y darles la importancia que se merecen las sabandijas con que la Santa representa diferentes sequedades y tentaciones en la oración:

El Señor os lo dará a entender para que saquéis de las sequedades humildad y no inquietud, que es lo que pretende el demonio; y creed que, adonde la hay de veras, que aunque nunca dé Dios regalos, dará una paz y conformidad con que anden más contentas que otros con regalos; que muchas veces, como havéis leído, los da la divina Majestad a los más flacos, aunque creo de ellos que no los trocarían por las fortalezas de los que andan con sequedad; somos amigos de contentos más que de cruz...

S. Teresa, en (M.III,1.9).

Parece venir ahora la parte más delicada y sutil de la purificación: el dominio del propio "yo", la sujeción de la propia personalidad, para moldear la imagen interior y poderla asemejar a la del Divino Esposo. ¡Qué trabajo tan difícil y prolongado! El fruto de toda una vida. El paso inicial será la renuncia a todo aquello que nos pueda todavía sujetar en la tendencia hacia Dios. Al renunciar a todo quedaremos en una total desnudez.

Por éstas entenderéis  
si estáis bien desnudas  
de lo que dejastes...

S. Teresa, en ob. cit., (2,6).

Que nos permitirá considerar nuestra propia fealdad  
y la necesidad de la intervención divina para que cure las-  
llagas y heridas que aparecerán ante su presencia.

... verná el zurujano,  
que es Dios, a sanarnos...

Idem.

Habla Teresa del cirujano, que es Dios; el oficio--  
del cirujano no es aplicar unguentos o dar masajes para cu-  
rar alguna parte dañada. El se dedica a cortar, y el cortar  
es doloroso, pero definitivo. A Dios hay que ayudarle a cor  
tar y a esta ayuda la llamamos penitencia:

... querría yo que la  
tuviésemos para no nos  
contentar con esta ma-  
nera de servir a Dios  
siempre a un paso paso,  
que nunca acabaremos de  
andar este camino...

Ibídem., (7)

La penitencia tiene que estar basada en un acto de-  
cisivo de la voluntad que la llevará por atajos, en este---  
proceso de la purificación:

... paréceos, hijas si yendo a una tierra desde otra pudiésemos llegar en ocho días, que sería bueno andarlo en un año por ventas y nieves y aguas y malos caminos? ¿No valdría más pasarlo de una vez? Porque todo esto hay y peligros de serpientes...

Idem.

Menciona la Santa la necesidad de proceder por este camino, pero sancionado por la obediencia a personas ya experimentadas en recorrerlo, y termina las terceras moradas con una metáfora propia del conocimiento de la gente sencilla y observadora de la naturaleza, a quien se dirige.

... anima mucho y parece que con su vuelo no atrevemos a volar, como hacen los hijos de las aves cuando se enseñan, que, aunque no es de presto dar un gran vuelo, poco a poco imitan a sus padres. En gran manera aprovecha esto; yo lo sé...

Ibídem., (12).

Además de la bendición que Dios comunica al alma--- que obedece, se tiene el aliciente del ejemplo a seguir. Es mucho más fácil decidirse a realizar una empresa difícil--- cuando vemos a alguien que la realiza a nuestra vista. El--- hombre es por naturaleza imitador. Tanto que el mismo Dios-

se hizo hombre para, por medio de su ejemplo, enseñarnos el camino. El es el Maestro, al cual debemos imitar. Existe--- sin embargo, el peligro de que el conocimiento de la propia miseria induzca al alma al desánimo y al abatimiento, con-- el consiguiente intento de regresar a las moradas anterio-- res. Teresa previene a sus discípulas y las insta a perseve-- rar y dedicarse a lo suyo con todo entusiasmo.

... no os traiga inquietas y afligidas, sino que dejemos andar esta taravilla de molino, y molamos nuestra harina, no dejando de obrar la voluntad y entendimiento...

S. Teresa, en (M.IV.1,13).

Mientras más se avanza en las etapas de purifica--- ción, la Maestra se encuentra con la dificultad natural de adaptar los matices de conceptos muy elevados en la vida es-- piritual a la mente sencilla y de esa gente que tenía por-- monjas.

Ella misma confiesa su preferencia por el agua, como término conocido de comparación, que le permite establecer múltiples semejanzas para la vida espiritual. Es lógico, el agua es el elemento indispensable para la vida del hom-- bre, y sus propiedades e importancia se prestan a la perfec-- ción para satisfacer los deseos de la Santa de dar a cono-- cer las cosas de Dios en comparación con las cosas más-----

obvias de su naturaleza por todos conocida:

Hagamos cuenta, para entenderlo mejor, que vemos dos fuentes con dos pilas que se hinchen de agua. Que no me hallo cosa más a propósito para declarar algunas de espíritu que esto de agua; y es, como sé poco y el ingenio no ayuda y soy tan amiga de este elemento, que le he mirado con más advertencia que otras cosas...

S. Teresa, en ob. cit., (2,2,).

Podemos decir que así como el agua fluye del manantial a su lecho y de éste a su destino, así fluye la Santa en sus explicaciones empleando este elemento para aclarar-- con él los movimientos interiores del alma al ser afectada por la influencia de la gracia con que Dios opera en ella.- Sin la metáfora, que en este caso se vuelve alegoría, sería muy difícil a las religiosas captar lo que su Maestra les-- va comunicando:

... creo que en cada cosita que Dios crió hay más de lo que se entiende, aunque sea una hormiguita...

Idem.

Estos dos pilones se hinchen de agua de diferentes maneras; el uno viene de más lejos por muchos arcaduces y artificio; el otro está he-

cho en el mismo nacimiento del agua y vase hinchendo sin nengún ruido; y si es el manantial caudaloso, como este de que hablamos, después de hinchido este pilón procede un gran arroyo; ni es mester artificio ni se acaba el edificio de los arcaduces, sino siempre está procediendo agua de allí.

Ibídem., (3).

Es la diferencia que la que la que viene por arcaduces es —es a mi parecer— los contentos que tengo dicho que se sacan con la meditación, porque los traemos con los pensamientos ayudándonos de las criaturas en la meditación y cansando el entendimiento; y como viene, en fin, con nuestras diligencias, hace ruido cuando ha de haver algún hinchimiento de provechos que hace en el alma, como queda dicho. Estotra fuente viene el agua de su mismo nacimiento, que es Dios; y ansí como Su Majestad quiere, cuando es servido hacer alguna merced sobrenatural, produce con grandísima paz y quietud y suavidad de lo muy interior de nosotros mismos, yo no sé hacia dónde ni cómo, ni aquel contento y deleite se siente como los de acá en el corazón —digo en su principio, que después todo lo hinche—, vase revertiendo este agua por todas las moradas y potencias hasta llegar a el cuerpo, que por eso dije que comienza de Dios y acaba en nosotros; que cierto, como verá quien lo hubiere provado, todo el hombre exterior goza de este gusto y suavidad...

Ibídem., (4).

En esta alegoría se ve cómo la Maestra, todavía en el desarrollo de la vía purgativa o de purificación, les habla a sus discípulas de los frutos que se van logrando en este recorrido de las moradas en busca de la más interior para lograr la íntima y, tal vez, definitiva comunicación con el Esposo. Es el premio de las etapas intermedias dentro de una prolongada carrera.

El alma es débil, es inconstante, se desanima pronto, y necesita el aliciente del premio y el deleite reconfortante, como promesa parcial de recompensa. No nos olvidemos que la Santa ya recorrió estos caminos y trata, como guía experimentada, de llevar por ellos a sus buenas carmelitas previniéndolas de los posibles peligros y alentándolas en las posibles debilidades. A las que ya hayan llegado a estas moradas les empiezan a llegar las primicias del deleite del amor divino que, inclusive redundan en el cuerpo:

Entiende una fragancia  
 —digamos ahora— como  
 si en aquel hondón interior  
 estuviese un --  
 brasero adonde se echa  
 sen olorosos perfumes;  
 ni se ve la lumbre ni  
 dónde está; mas el calor  
 y humo oloroso penetra  
 toda el alma, y an hartas  
 veces —como he dicho—  
 participa el cuerpo . . . .

Ibíd., (6)

Del calor del brasero, como del amor, brota el suave aroma que deleita los sentidos. Continúa la Santa en su propósito manejando los recursos del acervo común de los conocimientos y notamos que, cuando trata de los alicientes, ya no asoman figuras ni imágenes desagradables, sino más bien la imaginación se ve ocupada con cuadros de un atractivo especial:

... y en ello mismo se ve  
no ser de nuestro metal,  
sino de aquel purísimo oro  
de la sabiduría divina...

Idem.

Echa mano enseguida de un elemento de purificación muy en boga en aquel entonces: el crisol. Muchos escritores ascéticos de su época lo manejan con frecuencia en forma metafórica. La oración será el crisol donde se pruebe el grado de purificación del alma. Insistimos en la importancia de esta metáfora porque, como se dijo antes, el medio normal de santificación de estas religiosas contemplativas era la oración:

... mas en los efectos y  
obras de después se conocen estas verdades de  
oración, que no hay mejor  
crisol para probarse...

Ibidem., (8)

Procuremos hacer lo que es  
 en nosotros y guardarnos  
 de estas sabandijas ponzoñosas;  
 que muchas veces quiere el Se-  
 ñor que nos persigan malos pen-  
 samientos y nos aflijan, sin  
 poderlos echar de nosotros, y  
 sequedades...

Ibídem., (9).

Sus monjas no estaban confirmadas en gracia, y la--  
 prudente Maestra, con mirada previsor, les advierte que ha  
 brá raspones, resultado de pequeñas caídas de las que Dios-  
 sabrá sacar un mayor bien: el conocimiento de nuestra pro--  
 pia naturaleza y, por lo tanto, una adhesión más firme cada  
 vez al sufrimiento amoroso de la Cruz de Cristo:

Por eso no os desaniméis  
 si alguna vez cayerdes,  
 para dejar de procurar  
 ir adelante, que an de esa  
 caída sacará Dios bien...

Idem.

Teresa no se detiene, sigue guiando de la mano a---  
 sus discípulas y penetrando en esas Moradas del castillo in-  
 terior en busca del Divino Esposo. Ya les enseñó a sujetar-  
 se a la Cruz, en las tres primeras moradas, ahora trata de-  
 hacerles comprender que las pequeñas sequedades, que puedan  
 encontrar en la práctica de la virtud, no deben detenerlas-  
 en su camino; porque eso sería seguirle la estrategia al de-  
 monio y frustrar el progreso en la humildad que puedan sa--

car de ellas. Es mucho más importante asemejarse al Esposo en la humildad que disfrutar de ciertos gustos y legítimas satisfacciones aun dadas por el mismo Dios. La belleza de los elementos de similitud empleados por Teresa son propios de la frescura de su alma siempre alimentada con la palabra del Evangelio.

Toda alma está siempre en peligro de desviarse del camino, en cualquier etapa en que se encuentre y necesitará, por tanto, un llamado convincente y efectivo para retornar a la senda correcta. La Santa usa en este caso la misma metáfora que empleó Cristo, aplicándola a sí mismo:

... y como buen pastor,  
con un silbo tan suave  
que an casi ellos mismos  
no lo entienden, hace que  
conozcan su voz y que no  
anden tan perdidos, sino  
que se tornen a su morada,  
y tiene tanta fuerza este  
silbo del pastor, que des-  
sampan las cosas esterior-  
es en que estaban enajena-  
dos, y métense en el cas-  
tillo...

Ibíd., (3,2).

Ya comienza a dejarse ver en esta fase cercana al término de la purificación la presencia más frecuente y directa del Divino Esposo, que empieza a entrar en un contacto íntimo con el alma, prescindiendo de la intervención directa de ésta, hecho que demuestra la satisfacción del Se-

ñor por los triunfos realizados por el alma en este arduo y empinado camino de la purificación, empieza ya a entrelazarse el proceso místico. Santa Teresa trae a colación una metáfora que ella no avala en su totalidad y que confiesa haber leído, la cual emplea porque la cree útil para sus propósitos:

... siéntese notablemente un encogimiento suave a lo interior, como verá quien pasa por ello, que yo no lo sé aclarar mejor. Paréceme que he leído que como un erizo o tortuga, cuando se retiran hacia sí; y devíalo de entender bien quien lo escribió. Mas éstos ellos se entran cuando quieren; acá no está en nuestro querer, sino cuando Dios nos quiere hacer esta merced...

Ibídem., (3)

El alma que se va purificando, que se va desprendiendo de todos los elementos que desfiguran la imagen que Dios creó, va siendo cada vez más aceptada por su Creador-- que, al ver la hermosura de su obra, actúa en ella como---- quien es: Dios es amor. La Maestra espiritual nos lo dice-- de una manera muy sencilla:

... mas entiéndese en lo que dice, que ha de estar ya despierto el amor...

Ibídem., (4)

La secuencia ideológica en el manejo de sus metáforas nos hace pensar en una especie de alegoría, aunque, en realidad los términos vayan variando y sean diferentes. La secuencia de la idea ante el despertar del Amor es considerar el objeto amado. La metáfora que presenta la Maestra es verdaderamente subyugante y nítida y tiene una fuerza lógica contundente. Es la reacción espontánea del alma, consciente de su absoluta pobreza y desnudez, ante la presencia de la sublime Majestad de su Señor.

... lo que havemos de hacer es pedir como pobres necesitados delante de un grande y rico emperador, y luego bajar los ojos y esperar con humildad...

Ibíd., (5)

Aquí ya luce la sabiduría de la Maestra experimentada. No necesita decirnos la Santa que todo esto que ella explica a sus religiosas son vivencias por las que ella pasó, en su generoso caminar, al encuentro de su divino Esposo. Ahora viene la explicación clara, la precisión en el detalle que sólo puede tener, al hablar de un camino, quien lo ha recorrido muchas veces y ha hecho que sus huellas formen parte del sendero.

... Cuando Su Majestad quiere que el entendi-

miento cese, ocúpale por otra manera y da una luz en el conocimiento tan sobre la que podemos alcanzar, que le hace quedar absorto; y entonces, sin saber cómo, queda muy mejor enseñado, que no con todas nuestras diligencias para echarle más a perder...

Ibíd., (8).

¡Cuántas veces habrá disfrutado Teresa de estos favores del Esposo para poder sacar de esas experiencias, una regla a seguir! Por estas propias confesiones nos da a entender la ciencia infusa que recibió al solo contacto del manantial de la vida de Dios, después de haber ella puesto su esfuerzo que era lo que de su parte correspondía.- Vía-- Purgativa--

Mas como dije en otra parte... en la del recogimiento no se ha de dejar la meditación, ni la obra del entendimiento en esta fuente manantial, que no viene por arcaduces, él se comide, u le hace comedir ver que no entiende lo que quiere, y así anda de un cabo a otro como tonto que en nada hace asiento...

Idem.

Quedaba rendida en los brazos amorosos de su Esposo:  
--Vía iluminativa--

... a sí en los brazos del amor...

Idem.

y se henchía en una forma desusada y extraordinaria, --vía unitiva-- que ella misma no acaba de explicar con claridad, de las gracias que emanan de ese manantial que parecían dilatar la capacidad receptiva de los dones ilimitados de Dios.

... se entiende claro un dilatamiento u ensanchamiento en el alma, a manera de como si el agua que mana de una fuente no tuviese corriente, sino que la misma fuente estuviese labrada de una cosa que mientras más agua manase más grande se hiciese el edificio: así parece en esta oración y otras muchas maravillas que hace Dios en el alma, que la habilita y la va dispuniendo para que quepa todo en ella...

Ibídem., (9).

Muy a pesar de esta unión que alcanza el alma que--ha logrado penetrar hasta estas cuartas moradas, no se puede deducir que todo se ha ganado y que no queda en adelante sino el crecer y crecer y llenarse más y más de Dios, casi casi una posición de impecabilidad. No, Teresa es muy clara en no permitir el caer en esta posible ilusión, aún en esta morada todo se puede perder.

... por subida que esté un alma  
en la cumbre...

Idem.

Para abundar más en esta idea que nos muestra a----  
quien tiene los pies en la realidad, acude la Maestra espi-  
ritual a una metáfora plena de ternura, al mismo tiempo que  
de lógica incontrovertible.

... porque aquí no está aún el  
alma criada, sino como un niño  
que empieza a mamar, que si se  
aparta de los pechos de su madre,  
¿qué se puede esperar de él sino  
la muerte..

Ibíd., (10).

#### 4.3 Metamorfosis

De las quintas a las sextas moradas

La entrada a las quintas moradas, última etapa de--  
la vía purgativa y ya verdadero preuncio de la vía ilumina-  
tiva, es una advertencia pletórica de gozo por la cercanía-  
del Esposo:

¡Oh hermanas , ¡cómo os podría  
yo decir la riqueza y tesoros  
y deleites que hay en las quin-  
tas moradas?...

S. Teresa, en (M.V.1.1).

y es también una petición a lo alto para recabar ayuda en favor de aquellas religiosas, más adentradas en la vida espiritual, que estarán expuestas a peligros más sutiles y más difíciles de detectar.

... pues sois servido de que gocen algunas de ellas tan ordinariamente de estos gozes, porque no sean engañadas trasfigurándose el demonio en ángel de luz

Idem.

San Ignacio de Loyola, maestro en la guía de las almas, maneja también esta metáfora en sus Ejercicios Espirituales hablando del demonio que se transforma en "Ángel de luz" para engañar a las almas "que van de bien en mejor subiendo".

Teresa sigue abriendo los caminos y previniendo las dificultades para llegar a la meta pretendida por su regla religiosa y guiar a ella las almas de las monjas a quienes dirige sus moradas. Les recuerda la casta y la estirpe de-- que proceden para estimular su espíritu de nobleza y generosidad y emplea la metáfora, también traída en el Evangelio, de la margarita o perla preciosa:

... de esta casta venimos, de aquellos santos Padres nuestros del Monte Carmelo, que en tan gran soledad y con tanto des-

precio del mundo buscaban este tesoro, esta preciosa margarita de que hablamos, pocas no desponemos para que nos la descubra el Señor...

Ibídem., (3)

Nunca será el triunfo de los remisos ni indolentes. La victoria es de los esforzados. Esa perla preciosa hay--- que conseguirla a base de esfuerzo y dedicación. Hay que--- buscar, hay que cavar.

... y dé fuerzas en el alma para cavar hasta hallar este tesoro escondido...

Idem.

Para este tipo de tesoro, que para las religiosas--carmelitas es la oración y contemplación, hay que recabar--fuerzas de lo alto, pero la clase de fuerzas adecuadas a la clase de tesoro: fuerzas espirituales, que con las fuerzas corporales que ordinariamente Dios da a todos, es suficiente, Teresa lo indica:

... no imposibilita a ninguno para comprar sus riquezas...

Ibídem., (4).

El toque maestro de la experiencia despeja una duda sutil a sus religiosas cuando la Santa les advierte que en-

esta etapa del proceso hacia Dios puede haber engaños y don de la hermosura y elevación de las cosas de la tierra puede asemejarse a un ensueño:

... digo soñada, porque  
 así parece está el alma  
 como adormizada...

Idem.

El sueño sigue siendo para el hombre una fuente de misterios y disquisiciones psicológicas y a menudo se le considera como "una imagen de la muerte". A ésta se le suele llamar: "el sueño eterno". Usando esta terminología generalizada, la Maestra se explaya en esta metáfora para -- guiar con más claridad a sus discípulas en este último tramo de vía purgativa:

... como quien de todo punto  
 ha muerto al mundo para vivir  
 más en Dios, que así es una  
 muerte sabrosa, un arrancamiento  
 del alma de todas las operaciones  
 que puede tener, estando en el  
 cuerpo; deleitosa, porque aunque  
 de verdad parece se aparta el  
 alma de él para mejor estar en  
 Dios, de manera que an no sé  
 yo si le queda vida para resollar...

Idem.

A estas alturas del camino ascendente del alma hacia Dios, porque el ir a Dios es siempre cuesta arriba, ya el alma se ha entregado en tal forma a su Creador, se ha--- desprendido del propio "yo" de tal manera, que la naturaleza sojuzgada y sujeta al servicio del Señor va dejando de-- percibir la violencia y entra en una situación de acepta--- ción amorosa donde ya el demonio no se atreve a intervenir, como la Maestra experimentada afirma con una metáfora llena de imaginación y donaire:

... an el mesmo natural nos  
puede engañar allí alguna vez;  
porque aunque no hay tanto lu-  
gar para entrar las cosas em-  
ponzoñosas, unas lagartijillas  
sí, que como son agudas, por  
doquiera se meten, y aunque no  
hacen daño ( en especial si no  
hacen caso de ellas, como dije,  
porque son pensamentillos que  
proceden de la imaginación y de  
lo que queda dicho) importunan  
muchas veces. Aquí por  
agudas que son las lagartijas,  
no pueden entrar en esta mora-  
da; porque ni hay imaginación,  
ni memoria, ni entendimiento  
que pueda impedir este bien...

Ibídem., (5)

La misma Santa indica la incomprensión de algunos-- letrados respecto a las comunicaciones de Dios, ya que los-- favorecidos de Dios siempre serán objeto de ataques e incomprensión, aun de personas que van también en vías de perfección. El alma que se ha unido al Señor no tiene límite para

la generosísima recepción de su Divina Majestad:

(al menos creo que, quien no creyere que puede Dios mucho más y que ha tenido por bien y tiene algunas veces comunicarlo a sus criaturas, que tiene bien cerrada la puerta para recibirlas)...

Ibíd., (8)

Cuando ya el alma está limpia, por lo que a su parte toca, y ha llevado a cabo con esfuerzo el trabajo arduo y difícil de la purificación interior, queda ya presentable a los ojos del Divino Esposo y Él, correspondiendo en forma desmedida a esta generosidad de su sierva, se digna llevarla a su intimidad cuando El lo quiere, sin que haya nada--- que pueda evitarlo y es ya tan dueño del alma que se le ha entregado, que estas comunicaciones las hace a su placer, y no cuando el alma quiere. Este es el límite del proceso ascético donde el hombre ha llegado a su meta: la absoluta --- entrega a Dios de la propia persona, y el dominio completo-- de la propia naturaleza. Esta meta, sin embargo, es móvil y avanza conforme avanza la vida.

Los esfuerzos del hombre, que hay que seguir renovando día a día, ya no lo pueden llevar más lejos. Eso le --- toca a Dios y así se inicia el proceso místico de la santifi

cación. —vía iluminativa—. Teresa lo dice muy claramente en su lenguaje característico:

Ahora me acuerdo sobre esto que digo que no somos parte, de lo que havéis oído que dice la esposa en los Cantares: 'Llevóme el rey a la bodega del vino, u metióme', creo que dice. Y no dice que ella se fue. Y dice también que andava buscando a su Amado por una parte y por otra. Esta entiendo yo es la bodega donde nos quiere meter el Señor, cuando quiere y como quiere; mas por diligencias que nosotros hagamos, no podemos entrar. Su Majestad nos ha de meter y entrar El en el centro de nuestra alma; y para mostrar sus maravillas mejor, no quiere que tengamos en ésta más parte de la voluntad, que del todo se le ha rendido, ni que se le abra la puerta de las potencias y sentidos, que todos están dormidos...

Ibídem., (13).

Los términos que representan a la naturaleza corrompible y corrupta poco a poco han ido desapareciendo en las metáforas de Teresa porque ya la necesidad de los símiles--la induce a manejar imágenes más elevadas, mientras más se avanza en el acercamiento a Dios.

Sin embargo, vuelve la Maestra a recordar a sus monjas su verdadero origen y a ponerles de nuevo los pies en--

la realidad con la siguiente metáfora donde ya insinúa la--  
 cercana transformación o verdadera metamorfosis del alma al  
 morir totalmente a sí y vivir en Cristo.

Entonces comienza a tener  
 vida este gusano, cuando  
 con la calor del Espíritu  
 Santo se comienza a apro-  
 vechar del auxilio gene-  
 ral que a todos nos da Dios,  
 y cuando comienza a aprove-  
 charse de los remedios que  
 dejó en su Iglesia (ansí de  
 acontinuar las confesiones  
 como con buenas liciones y  
 sermones, que es el remedio  
 que un alma que está muerta  
 en su descuido y pecados y  
 metida en ocasiones puede  
 tener), entonces comienza a  
 vivir y vase sustentando en  
 esto y en buenas meditacio-  
 nes hasta que está crecida,  
 que es lo que a mí me hace  
 al caso, que estotro poco  
 importa.

Pues crecido este gusano  
 —que es lo que en los  
 principios queda dicho de  
 esto que he escrito—,  
 comienza a labrar la seda  
 y edificar la casa adonde  
 ha de morir. Esta casa que-  
 rría dar a entender aquí,  
 que es Cristo. En una parte  
 me parece he leído u oído  
 que nuestra vida está  
 ascondida en Cristo u en  
 Dios —que es todo uno—  
 u que nuestra vida es Cris-  
 to. En que esto sea u no,  
 poco va para mi propósito.

Ibíd., (2,3,4)

De nuevo la Santa propone aliciente en los linderos  
 de lo que, en teoría, parece ser el término de la vía purga-  
 tiva pero que en la práctica nunca será definible, para que

las religiosas procedan al encuentro íntimo con el Esposo a traídas por el amor y la hermosura del Dios que es Amor, y no amedrentadas ante la imponente grandeza de la Majestad--infinita de Dios.

¡Que Su Majestad mesmo sea  
nuestra morada, como lo es  
en esta oración de unión,  
labrándola nosotras...

Ibídem., (5)

Existe un ansia de salir ya de la envoltura que man tiene al alma en el destierro, separada de su Amor, y volar hacia Él, como la mariposa, para gozarle sin límites de ninguna especie. Sin embargo, junto a la pena que se sufre durante la espera de la liberación final, se sufre otra pena, tal vez mayor, motivada por el amor, al ver que otras almas, hermanas nuestras, no van a participar del amor del Esposo.

... no es la pena que se siente aquí como las de acá; que eso bien podríamos, con el favor del Señor, tenerla, pensando mucho esto; mas no llega a lo íntimo de las entrañas, como aquí, que parece desmenuza un alma y la muele, sin procurarlo ella...

Ibídem., (11).

En el término de la purificación el alma llega a u-



nirse de tal forma con su Dios y Señor, que interiormente-- queda marcada con sus señales y de esa manera segregada de las demás, como algo propio y exclusivo del Divino Esposo.-- Única condición: no resistirse a la acción de Dios, que ha elegido a esa alma.

(que jamás hará Dios  
 —a lo que yo pienso—  
 esta merced sino a  
 alma que ya toma muy  
 por suya), quiere que,  
 sin que ella entienda  
 cómo, salga de allí  
 sellada con su sello;  
 porque verdaderamente  
 el alma allí no hace  
 más que la cera cuando  
 imprime otro el sello,  
 que la cera no se la  
 imprime a sí; sólo  
 está dispuesta, digo  
 blanda. Y an para esta  
 dispusición tampoco se  
 ablanda ella, sino que  
 se está queda y lo con-  
 siente...

Ibíd., (12).

A pesar de las alturas a las que Teresa ha ido----- guiando a sus discípulas a lo largo del abrupto y empinado-camino de la perfección, vuelve a aparecer, con un toque ma- gistral, el genio inconfundible de la mujer prudente, que,- aleccionada por su propia experiencia, no se deja embelesar por tanta hermosura y recuerda, que mientras esté en la tie- rra y su materia sea el barro, habrá siempre peligro de per- der todo lo ganado.

¡Oh , que quedan unos gusanos que no se dan a entender, hasta que, como el que royó la yedra a Jonás, nos han roído las virtudes con un amor propio, una propia estimación, un juzgar los prójimos, aunque sea en pocas cosas, una falta de caridad con ellos, no los queriendo como a nosotros mismos; que, aunque arrastrando cumplimos con la obligación para no ser pecado, no llegamos con mucho a lo que ha de ser para estar del todo unidas con la voluntad de Dios...

Ibíd., (3,6).

#### 4.4. Los Escarceos del Amor

De las sextas a las séptimas moradas

Entramos al campo misterioso y divino de las Sextas moradas, donde el alma penetra ya al centro de sí misma, mo rada que ha escogido el Esposo y donde ha decidido conceder sus favores. Las metáforas en este terreno se vuelven más-- difíciles y más delicadas por la carencia de símiles para-- representar con claridad lo que va sucediendo en esta unión. La sensación del amor sólo puede ser descrita por aquel que lo ha sentido, y ya desde la antigüedad se habla de las saetas de Cupido o Eros que producían heridas de amor en aquellos en quienes se hincaban. Ya desde las primeras líneas-- de estas moradas lo indica la Santa:

Pues vengamos, con el favor del Espíritu Santo, a hablar

en las sestas moradas, adonde el alma ya queda herida del amor del Esposo...

S. Teresa, en (M.VI.1.1).

Los sentidos tienen una participación casi nula en esta etapa de la unión con Dios. Teresa emplea la palabra vista pero más adecuada es la metáfora con que completa la idea que transmite a sus religiosas:

Está tan esculpida en el alma aquella vista, que todo su deseo es tornarla a gozar...

Idem.

No debemos olvidar que todo lo que el alma puede lograr en su camino hacia Dios, por su propio esfuerzo, es solamente el trabajo de su purificación, de su limpieza, -----  
—vía purgativa—, de la eliminación de los óbices que impiden el progreso en la ardua ascensión y que desfiguran la bella imagen creada por Dios.

Los consuelos, los regalos, los goces del amor van a depender exclusivamente de Dios, no del alma.

Cuando Dios no deja sentir las delicias de su presencia, el alma sufre lo indecible. Puede estar muy unida al Esposo, y sin embargo no sentirlo. La sequedad de espíritu es insufrible, cuando no se le riega con el amor. La San

ta la compara con los sufrimientos de los que padecen en el infierno y son para ella verdaderas tempestades.

... porque ningún consuelo se admite en esta tempestad...

Ibídem., (1,9).

Una vez pasada la tempestad, es tan grande la alegría y tan sabrosos los deleites de que disfruta el alma,-- que lo tiene por bien empleado ante el regalo del que combatió por ella.

... no hubo nublado en aquel alma, según queda llena de sol y de mucho más consuelo. Y como quien se ha escapado de una batalla peligrosa con haber ganado la victoria, queda alabando a nuestro Señor, que fue el que peleó para el vencimiento; porque conoce muy claro que ella no peleó, que todas las armas con que se podía defender le parece que las ve en manos de su contrario, y así conoce claramente su miseria y lo poquísimo que podemos de nosotros si nos desamparase el Señor...

Ibídem., (10).

Teresa, con la humildad que la caracteriza, abiertamente nos confiesa que son tan sutiles y delicados los medios con que Dios se pone en contacto con el alma que ha---llegado a este punto de perfección, que muchas veces no sa-

be qué hacer, ni a qué metáforas acudir para poder explicar algunos de los modos que emplea el Esposo en comunicarse--- con su amada. Ciertamente habrá muchos a los que ni siquiera hace referencia, ante la imposibilidad de encontrar formas que nos permitan siquiera vislumbrar lo que sucede.

En su afán de aclarar estas situaciones, cae algunas veces en potéticas contradicciones como el considerar-- "un trueno que no es ruido", siendo precisamente la definición de trueno "el estrépito producido por la descarga eléctrica de dos masa de diferente potencial."

... y sin tener la memoria en Dios, Su Majestad la despier-  
ta, a manera de una cometa que  
pasa de presto, o un trueno,  
aunque no se oye ruido...

Ibídem., (2,1).

El misterio y la aparente contradicción empiezan a-  
asomarse en las metáforas que emplea la Maestra para poner-  
al alcance de las mentes de sus discípulas las relaciones y  
el trato habido entre el Esposo y sus almas escogidas.

Siente ser herida sabrosí-  
simamente, mas no atina  
cómo ni quién la hirió; mas  
bien conoce ser cosa pre-  
ciosa y jamás querría ser  
sana de aquella herida...

Idem:

¿Qué mente humana puede comprender el que se pueda encontrar deleite en una herida, cuyo efecto natural es el dolor? Teresa, sin embargo, hace uso de esta metáfora porque la juzga adecuada para insinuar la idea de lo que quiere comunicar. La solución parece sencilla: aquella alma que haya experimentado esta herida amorosa causada por Dios podrá comprender lo que la Santa quiere decir; los demás nos contentaremos con mantenernos en un margen respetuoso anhelando un día poder penetrar en la verdad de las ideas que rechaza la lógica de nuestra naturaleza humana, imposibilitada de explicar lo divino. Sigue la experimentada Maestra manejando con un malabarismo asombroso, metáforas que nuestra mente mecanizada rechaza por instinto, que repugnan a la lógica más elemental. Tal vez de los tormentos humanos-- conocidos, el fuego es considerado como el peor de todos,-- sin embargo Teresa nos habla de fuegos que no consumen, de quemaduras que causan deleites. Espontáneamente nos brota u na conclusión: nuestro humano lenguaje es inadecuado para-- explicar las intervenciones divinas que tienen lugar en o-- tros planos.

... sé que parece le llega a las entrañas esta pena y que cuando de ellas saca la saeta el que la hiere, verdaderamente parece que se las lleva tras sí, según el sentimiento de amor siente. Estaba pensando ahora si sería que en este fuego del brasero encendido, que es mi Dios, saltava alguna cente-

lla y dava en el alma, de manera que se dejaba sentir . aquel encendido fuego, y como no era an bastante para quemarla y él es tan deleitoso, queda con aquella pena, y a el tocar hace aquella operación. Y paréceme es la mejor comparación que he acertado a decir.

Ibíd., (3,4).

Surge el prudente temor de que el alma pueda ser en gañada por el "enemigo de la humana natura", como lo llama San Ignacio de Loyola. El buen maestro sabe a tiempo prevenir las dificultades y procura evitarlas en lugar de solucionarlas una vez presentes. Teresa tranquiliza a sus monjas de inmediato.

... la primera, porque jamás el demonio deve dar pena sabrosa como ésta...

Ibíd., (6)

El Espíritu del Mal, por lo que muestra la Santa,-- no puede presentar al alma el tormento como deleite, ni la pena como alegría. El tratará de hacernos creer que cierto gozo viene de Dios, cuando en realidad nos está apartando de Él. Este es su método y estos son sus terrenos. La sagacidad de Teresa ya lo había descubierto y así lo muestra a--- sus discípulas.

La segunda, porque esta  
tempestad sabrosa viene  
de otra región de las que  
él puede señorear...

Idem.

La característica especial de este tipo de comunicaciones, que es la inesperada e insospechable intervención-- del Esposo, hace traer a la Santa una metáfora donde hay--- que leer mucho entre líneas para poder, más o menos, barrun-  
tar qué es lo que nos quiere decir:

... como si de presto  
viniese un olor tan  
grande, que se comu-  
nicase por todos los  
sentidos...

Ibídem., (9).

Probablemente llama "olor" a algo sutil, delicado y agradable que invade la persona íntegra, no solamente perceptible por el olfato. Enseguida pasa a manejar otro medio de comunicación, para nosotros el más común, la palabra,--- por la que Dios se une al alma, la ilustra y la llena de--- mercedes perdurables y de manera incomprensible para el conocimiento humano:

¡Oh, Señor , si una palabra  
enviada a decir con un paje  
vuestro (que a lo que dicen  
—al menos éstas, en esta  
morada—, no las dice el

mesmo Señor, sino un ángel)  
 tienen tanta fuerza, ¿qué  
 tal la dejaréis en el alma  
 que está atada por amor con  
 Vos y Vos con ella?  
 La tercera señal es no pasar-  
 se estas palabras de la memo-  
 ria en muy mucho tiempo  
 —y algunas jamás—, como  
 se pasan las que por acá  
 entendemos; digo que oímos  
 de los hombres; que aunque  
 sean muy graves y letrados,  
 no las tenemos tan esculpidas  
 en la memoria...

Ibídem., (3,6,7).

No podrá la elocuencia humana, por rica y hábil que se quiera, explicar de una manera satisfactoria los encuentros amorosos entre Dios, Esposo amantísimo, y el alma que se le ha entregado sin reticencias. La sabia Maestra espiri-  
tual deja entrever, a lo largo de sus explicaciones de las-  
 moradas, el acervo asombroso de experiencias de las que sa-  
 ca pequeños fragmentos que ilustren a sus pupilas y las con-  
 duzcan con suavidad y firmeza por el delicadísimo camino de  
 la unión con Dios. Siempre usando metáforas escogidas con--  
 predilección, vuelve a traer a la mente la del "brasero en-  
cendido" para sacar de ella una consecuencia por demás im-  
 portantísima a todo ser humano:

... parece que Su Majestad  
 desde lo interior del alma  
 hace crecer la centella que  
 dijimos ya, movido de piedad  
 de haverla visto padecer tan-  
 to tiempo por su deseo, que

abrasada toda ella como un ave fenis, queda renovada y —piadosamente se puede creer— perdonadas sus culpas (hase de entender con la dispusición y medios que esta alma havrá tenido, como la Ilesia lo enseña)...

Ibíd., (4,3).

Teresa hace a tiempo una pertinente aclaración respecto a la ficticia división entre las Sextas moradas o---- "Vía iluminativa" y las Séptimas o "Vía unitiva". En esta-- etapa del camino del alma hacia la unión con Dios la presen- cia del Divino Esposo que incorpora en Sí, por medio del a- mor, a la esposa amada tiene que causar en ella efectos de- ilustración celestial. La división entre las dos vías es--- una mera ficción mental. La realidad es una: la relación de amor entre el alma purificada ya, y el Esposo que capricho- samente, en nuestra manera de hablar, le concede sus favo-- res. Ante esta divina presencia a la que ninguna expresión- humana puede describir, la Santa emplea una metáfora que--- suena más a las empleadas en la "Vía purgativa."

... que es todo asco y vasura,  
comparado a estos tesoros que  
se han de gozar sin fin...

Ibíd., (10).

Aunque la Santa supone al alma plenamente enamorada del Divino Esposo aposentado en su interior, sin embargo,-- como mujer realista que es, no olvida el barro de que esta-

mos hechos y sabe de la fragilidad e inestabilidad de la naturalidad humana. Toma hábilmente esas pequeñas deficiencias y las aprovecha para, por su medio, crecer más en el conoci-- miento de Dios y ahondar en el de la propia miseria. Eso se llama "darle al demonio una sopa de su propia medicina": sacar provecho de donde él pretende sacar perjuicio.

... ¿hasta cuándo, hasta cuándo se quitará esta tierra de nues- tros ojos?; que aunque entre no- sotras no parece no es tanta que nos ciegue del todo, veo unas motillas, unas chinillas, que, si las dejamos crecer, bastarán hacernos gran daño; sino que, por amor de Dios, hermanas, nos aprovechemos de estas faltas para conocer nues- tra miseria, y ellas nos den mayor vista, como la dio el lodo del ciego que sanó nuestro Esposo...

Ibíd., (11).

Estamos en un combate amoroso donde claramente se-- ve quién será el ganador. El alma generosa da a lo "humano" y Dios retribuye a lo "divino". Ya ha llegado Teresa a puntos incomprensibles: las retribuciones amorosas de Dios al- alma que se le ha entregado. Teresa ya no sabe cómo explicar, ¿quién lo sabría?, lo que sucede cuando el Esposo, con pa-- sión divina, arrebat a su amada para llevarla más hacia Sí.

No parece sino que aquel pilar de agua que dijimos —creo era la cuarta morada, que no me acuerdo bien—, que con tanta

suavidad y mansedumbre —digo sin ningún movimiento— se henchía. Aquí desató este gran Dios, que detiene los manantiales de las aguas y no deja salir la mar de sus términos, los manantiales por donde venía a este pilar de el agua, y con un ímpetu grande se levanta una ola tan poderosa que sube a lo alto esta navecica de nuestra alma...

Ibídem., (5,3).

Este tipo de fenómenos, que no son explicables por la ciencia humana, son los que dan pie al concepto de "mística", que en su misma definición de "misterio" confiesa su impotencia para hacer más perceptible lo que permanece en el profundo secreto del amor entre Dios y el alma. Teresa nos seguirá hablando de los favores de Dios, de regalos divinos. No olvidemos que el amor es "dar". Dios nos amó tanto que nos dio a su propio Hijo. ¿Cómo explicar los inenarrables regalos del Esposo a su amada? La Santa algo nos dice en su lenguaje metafórico:

... tener en muy poco todas las cosas de la tierra, si no fueren las que puede aplicar para servicio de tan gran Dios. Estas son las joyas que comienza el Esposo a dar a su esposa, y son de tanto valor, que no las porná a mal recaudo, que así quedan esculpidas en la memoria estas vistas, que creo es imposible olvidarlas hasta que las goce para siempre, si no fuese para grandísimo mal suyo; más el Esposo que se las da, es po-

deroso para darle gracia que no  
las pierda...

Ibíd., (10,11).

La respuesta espontánea a esta generosidad divina--  
es el conato de devolver, dentro de la propia capacidad, e-  
se amor recibido. El amor espiritual se ve impedido por los-  
lazos de la carne y las ataduras de nuestra pobre naturale-  
za.

¡Oh, pobre mariposilla, atada  
con tantas cadenas, que no te  
dejan volar lo que querrías...

Ibíd., (6,4).

El anhelo del alma enamorada es estar unida al ser-  
amado. Conocida su propia impotencia y incapacidad, y recor-  
dando pasajes bíblicos, Teresa le pide al Esposo su directa  
intervención para remover los obstáculos que la separan de-  
Él.

Poderoso sois Vos, Señor,  
para que la gran mar se  
retire, y el gran Jordán,  
y dejen pasar los hijos  
de Israel...

Idem.

En la siguiente metáfora empleada por la Santa nos-  
encontramos con el hecho de cómo procede en la vida real en  
las etapas de la unión con Dios. Es un ir y venir, un ade--

lantar y retroceder. ¿Por qué esto? Por la presencia ineludible de nuestra pobre naturaleza que, como decía San Pablo, nos inclina a lo malo desde su mocedad. En esta etapa del amor divino y de la unión con Dios es un tormento el recuerdo doloroso de los pecados de la vida pasada, aunque ya hayan quedado perdonados.

... parécele una cosa tan desatinada su desatino, que no acaba de lastimar jamás cuando se acuerda por las cosas tan bajas que dejaba una tan gran Majestad. Mucho más se acuerda de esto que de las mercedes que recibe, siendo tan grandes como las dichas y las que están por decir; parece que las lleva un río caudaloso y las trae a sus tiempos. Esto de los pecados está como en un cieno, que siempre parece se avivan en la memoria, y es harto gran cruz...

Ibíd., (7,2).

La mujer práctica y la Maestra experimentada vuelven a aparecer para ayudar a sus discípulas a abrir bien los ojos y saber solventar los problemas reales que se les presentarán. No todo es miel sobre hojuelas, aún en esta etapa iluminativa de la unión con Dios, habrá momentos en que el alma se sienta árida, seca, casi abandonada de la mano de Dios y crea que el fuego que solía inflamar su interior no es sino un rescoldo a punto de extinguirse. Antes--

la Santa pedía la intervención directa, del Esposo para liberarla de las ataduras que le impedían unirse a Él, ahora desea la intervención directa, desea el milagro, pero no lo espera, sabe que su voluntad tiene que actuar, casi a cie--gas, para volver a encontrar al Esposo que se le ha escondido.

... porque aunque la voluntad no esté muerta, está morteci--no el fuego que la suele hacer quemar, y es menester quien le sople para echar calor de sí. ¿Sería bueno que se estuviese el alma con esta sequedad, esperando fuego del cielo que queme este sacrificio que está haciendo de sí a Dios, como hizo nuestro padre Elías? No, por cierto, ni es bien esperar milagros; el Señor los hace cuando es servido por esta alma, como queda dicho y se dirá adelante; mas quiere Su Majestad que nos tengamos por tan ruines que no merecemos los haga, sino que nos ayudemos en todo lo que pudiéremos...

Ibídem., (8).

En el intento de aclararles a sus religiosas, mu---chas de ellas ya experimentadas en este terreno, las delicas y misteriosas ideas que se manejan en las manifestaciones de amor entre Dios y el alma, Teresa emplea metáforas--sacadas de cosas mucho más elevadas y que encierran en sí--ciertos matices de misterio y de elevación:

... ni es posible que pierda memoria el alma que ha recibido tanto de Dios, de muestras de amor tan preciosas, porque son vivas centellas para encenderla más en el que tiene a nuestro Señor, sino que no se entiende...

Ibídem., (11).

La lógica de esta mujer tan dinámica funciona en ella instintivamente. Puesta la causa, irremediablemente se sigue el efecto. Iluminada el alma con el conocimiento de Dios, se sigue, por contraste, el conocimiento de la propia miseria con todo su triste bagaje imprescindible de inconstancia e imperfección, cosa que le duele a la Santa.

... cualquier falta que hace le atraviesa las entrañas...

Ibídem., (8,6).

La incipiente doctrina científica de su época y la complicada idea espiritual de la Santa la llevan a presentarnos una metáfora aparentemente complicada, pero que está preñada de doctrina celestial. Hablando en lo que pudo ser, hasta cierto punto, manera general de decir, la Santa menciona la presencia de una piedra preciosa llena de poderes y virtudes. El símil es bueno, la realidad científica es falsa. La idea espiritual para sus monjas, representada en ese joyel con su yoya preciosa se ve claramente que es la presencia de Dios en el alma, con la participación de la vida divina, que es la gracia:

... Pues miremos ahora — como os he dicho en el capítulo pasado— que está este Señor, que es como si en una pieza de oro tuviésemos una piedra preciosa de grandísimo valor y virtudes; sabemos certísimo que está allí, aunque nunca la hemos visto; mas las virtudes de la piedra no nos dejan de aprovechar, si la traemos con nosotras; aunque nunca la hemos visto, no por eso la dejamos de preciar, porque por experiencia hemos visto que nos ha sanado de algunas enfermedades para que es apropiada, mas no la osamos mirar ni abrir el relicario, ni podemos; porque la manera de abrirle sólo la sabe cuya es la joya, y aunque nos la prestó para que nos aprovechásemos de ella, él se quedó con la llave, y como cosa suya abrirá cuando nos la quisiere mostrar, y an la tomará cuando le parezca, como lo hace...

Ibídem., (9,2).

Una Maestra tan llena de experiencia en las cosas-- celestiales y, al mismo tiempo, tan llena de humildad, como Teresa, no puede, al hablar de los favores divinos, callar los que ella frecuentemente recibió de su Esposo. Siempre-- los relata refiriéndolos a otra tercera persona, pero no--- puede ocultar su identidad al tratar de explicarlos. En uno de sus múltiples éxtasis, en los que se sumergía en los favores de Dios, percibió la imagen clara y viva, no imaginaria, sino real, de la humanidad de Cristo, que le dejaba un

deseo irrefrenable de seguirlo viendo y gozando de Él para siempre.

La percepción era fugaz y pasajera, aunque definida y perfecta, que ahora podríamos comparar con la rapidez con que se abre el obturador de una cámara fotográfica. Teresa parece sufrir lo indecible para comunicar a sus religiosas esta experiencia porque ni aun con metáforas logra aclararlo que en su interior ella tiene tan claro como la luz. Las metáforas que emplea tienen apariencias de imprecisión y ella misma confiesa que la bajeza del alma que recibe estas divinas ilustraciones la deja tan profundamente impresionada que no tiene medios, ni palabras para poderlo explicar.

... porque su resplandor es como una luz infusa y de un sol cubierto de una cosa tan delgada, como un diamante si se pudiera labrar; como una holanda parece la vestidura, y casi todas las veces que Dios hace esta merced a el alma se queda en arrobamiento, que no puede su bajeza sufrir tan espantosa vista...

Ibíd., (4).

Nuevamente las consecuencias lógicas vuelven a imponerse y Teresa termina sus sextas moradas indicando cómo--- "la mariposilla", de que ya antes había hablado, anda inquieta por posarse donde ha de morir y quedar definitivamente en paz. El alma que ha visto la humanidad de Cristo, el-

Esposo Divino, aunque no haya gozado de la "visión" de su--divinidad, no puede ya encontrar atractivo en nada de lo---que la rodea en este mundo y siente que todo queda reducido a polvo y a nada por el rayo de amor divino que ha penetra--do a su interior, arrasando cuanto hay en él, inclusive sus potencias y sentidos. Podríamos decir que el alma amada se--ha divinizado.

... y no es adonde se sienten acá las penas ~~—a mi parecer—~~; sino en lo muy hondo y íntimo del alma, adonde este rayo, que de presto pasa todo cuanto halla de esta tierra de nuestro natural y lo deja hecho polvo, que por el tiempo que dura es imposible tener memoria de cosa de nuestro ser; porque en un punto ata las potencias, de manera que no quedan con ninguna libertad para cosa, sino para las que le han de hacer acrecentar este dolor...

Ibídem., (11,2).

## 4,5 Una Inmersión en las Fuentes de Agua Viva

## Séptimas moradas

Esta última etapa del largo camino que sigue el alma para unirse con su Creador, del cual salió, es en realidad, un anticipo del Cielo, de la Gloria, de la Eterna Bienaventuranza, que no está constituida por un lugar, como lo insinúa la Maestra espiritual, sino por la presencia del -- mismo Creador en las funciones de amantísimo Esposo: vía unitiva. La Santa empieza presentando a la imaginación un -- cuadro de fuertes contrastes para hacer resaltar más el ambiente de completa felicidad de la esposa unida, por fin, a su Esposo Celestial.

... estas desventuradas almas es así que están como en una cárcel oscura, atadas de pies y manos para hacer ningún bien que les aproveche para merecer, y ciegas y mudas...

S. Teresa, en (M. VII. 1.3).

Le toca el turno al Esposo. Durante toda la Vía purgativa de las cinco primeras moradas, el alma puso su es---fuerzo y toda su dedicación para limpiar toda la escoria -- que la afeaba y el impedía ser aceptada en la presencia de Dios. Eso ha terminado. En esta última vía ya todo le -

corresponde a la acción del Esposo. El actúa "a lo Dios". El poder describir su obra en el alma que se le ha entregado, ya purificada, queda fuera de toda capacidad humana. Teresa empleará metáforas que nos permitirán vislumbrar en una medida infinitésima lo que suceda en ese coloquio amoroso entre el alma y su Dios. Empieza el Señor por abrir los ojos del alma para que se inunde de la felicidad que irradia de El.

Lo que para el resto de los mortales es profundo e inescrutable misterio, para el alma que contempla a su Esposo, a su Dios, todo se torna en claridad. Teresa nos dice que su , durante su éxtasis, el alma contempla la Santísima Trinidad. Las metáforas que emplea pudieron haber sido otras, el resultado es el mismo. Para los que no tenemos esa visión beatífica, el misterio sigue tan impenetrable como antes.

... se le muestra la Santísima Trinidad, todas tres Personas, con una inflamación que primero viene a su espíritu a manera de una nube de grandísima claridad...

Ibídem., (7).

Sigue explicando la Guía espiritual alguno de los procedimientos de Dios y las comunicaciones que hace al entendimiento. Por la manera de hablar de la Santa, parece como -

que Dios va dosificando sus favores y sus luces, mientras -  
llega el momento de comunicarse al alma en toda su plenitud.

... cuando quiere nuestro Señor  
que se abra la ventana del en-  
tendimiento...

Ibídem., (11).

La unión con Dios, sensible a los ojos espirituales del alma privilegiada que ha llegado a gozar de estos favores, es descrita por Teresa de varias maneras que hablan a nuestros sentidos y que nos permiten barruntar de un modo - imperfecto lo que en verdad será esa realidad. Teresa nos - hace ver el alma unida con Dios cuando participa de la vida divina por medio de la gracia, aunque esa unión no sea sensible. En qué forma tan delicada y tan inspirada nos presenta la Maestra estas metáforas.:

... Digamos que sea la unión como si dos velas de cera se juntasen tan en extremo, que toda luz fuese una, u que el pabilo y la luz y la cera es todo uno; mas después bien se puede apartar la una vela de la otra y quedan en dos velas, u el pabilo de la cera. Acá es como si cayendo agua del cielo en un río u fuente, adonde queda hecho todo agua, que no podrán ya dividir ni apartar cuál es el agua del río u lo que cayó del cielo; o como si un arroyo pequeño entra en la mar, no

habrá remedio de apartarse; u  
 como si en una pieza estuviesen  
 dos ventanas por donde entrase  
 gran luz, aunque entra dividida,  
 se hace todo una luz.

Ibíd., (2.6).

No obstante lo elevado del tema, donde la falta de terminología apropiada lo hace todavía mas inaccesible, Teresa escoge con maestría, sacadas de la vida real y de los elementos y hechos que todos conocemos, las metáforas que probablemente nos dan una idea menor imperfecta de lo que nos quiere explicar. Todos ellos elementos nobles y al mismo tiempo misteriosos en su naturaleza: el agua, el fuego, la luz.

En la siguiente metáfora trae la Santa la imagen de la madre que amamanta al niño pequeñito e indefenso, pero dándonos a entender en una forma, que nos parece algo extraña, que de esa leche divina, del orden espiritual, de la que se nutra el alma, también participa el cuerpo y sus sentidos, que son los habitantes del castillo. Es tan liberal la misericordia del Esposo que le permite gozar también al cuerpo, en cierta manera, de esos deleites divinos:

... porque de auellos pechos  
 divinos, adonde parece está  
 Dios siempre sustentando el  
 alma, salen unos rayos de le-

che que toda la gente del castillo conhorta...

Ibíd., (7).

Teresa insiste en la idea de la participación del cuerpo reforzándola aún con otra metáfora más vigorosa que nos hace ver la intensidad increíble con que aún los sentidos gozan de los favores de Dios: no es ya un "rayo de leche", sino "el golpe de agua de un río caudaloso". .

... y que de aquel río caudaloso, adonde se consumió esta fontecita pequeña, salgan algunas veces algún golpe de aquel agua para sustentar los que en lo corporal han de servir a estos dos desposados...

Idem.

Todas estas metáforas en las que la Maestra nos habla de sus experiencias donde junto con el alma, participó también el cuerpo por concesión divina, nos vienen a confirmar en la unidad de la persona humana. El hombre no es sólo espíritu, ni sólo carne.

Lo místico y misterioso de esta experiencia estriba en el "cómo". No es la imaginación, ni el entendimiento sino la intervención directa de Dios, al mostrarle al alma su amor, la que produce esa participación de cielo, aun a la parte corpórea de la persona.

Aunque el amor hace iguales a las personas, y al amar a Dios y al amarnos El nos "endiosamos", nos recuerda prudente y sabiamente la Maestra que todavía no nos podemos ver en Cristo como en un espejo, porque El no falla, y nosotros estamos todavía en la posibilidad de fallar, propia de nuestra vida temporal:

... no nos vemos en este espejo  
que contemplamos, adonde nuestra  
imagen está esculpida...

Ibíd., (10).

Teresa, en su siguiente metáfora, parece hacernos -- ver que el alma sumergida en el amor de Dios empieza a mostrar los efectos de ese contacto con su Creador. Así encontramos naturales las grandes obras de los grandes santos. -- ¿Dónde encontrar el amor al prójimo, el empuje titánico que supone la conquista de todo un mundo para Cristo? ¿No explica esto las increíbles hazañas de un Pablo de Tarso, de un --- Francisco Javier, de un "poverello" Francisco de Asís? Solamente nutriendo el alma en la fuente del amor se pueden lograr esos frutos divinos.

... y todo le debe venir de la  
raíz adonde está plantada; que  
así como el árbol que está ca-  
be las corrientes de las aguas,  
está más fresco y da más fruto,  
¿que hay que maravillarse de deseos

que tenga esta alma, pues el verdadero espíritu de ella está hecho uno con el agua celestial que dijimos?...

Ibíd., (12).

¡ Qué importante es para el alma de sus discípulas la advertencia que hace la Maestra para evitarles un posible estado de confusión! Es de creer que cuando el alma llega a penetrar a los más íntimos aposentos donde se entregan a los celestiales deleites del amor de su Esposo se terminarán para ella todos los problemas, las guerras, las penas y todo lo propio de " este valle de lágrimas", como es llamado al destierro corporal. ¡De ninguna manera! Todo eso tendrá lugar: habrá luchas, tormentas, obstáculos, seguirán -- las tentaciones, se multiplicarán los enemigos de todas formas y en todos los terrenos, pero todo esto sucederá en la parte exterior o en las moradas más superficiales. El alma que se encuentra en los aposentos del Señor jamás perderá la paz, mientras permanezca en ellos.

Teresa nos lo dice muy claramente:

... las pasiones están ya vencidas,  
de suerte que han miedo de entrar  
allí, porque salen más rendidas...

Ibíd., (14).

El recorrido ha terminado, la larga y penosa -

ruta saturada de esfuerzos y privaciones y en donde abundaron los peligros y ataque de todo tipo de enemigos, ha llegado a feliz término. Los sueños comienzan a realizarse. --- Los anhelos se convierten en palpable realidad y los deseos en plena realidad y los deseos en plenas satisfacciones. Teresa nos lo dice haciendo referencia a reminiscencias bíblicas que indican la misión cumplida. El alma que ha logrado penetrar a las más profundas moradas, a la cámara nupcial - del esposo, ha logrado todo lo deseable.

Aquí se dan las aguas a esta cierva que va herida, en abundancia. Aquí se deleita en el tabernáculo de Dios. Aquí halla la paloma que envió Noé a ver si era acabada la tempestad, la oliva, por señal que ha hallado tierra firme dentro en las aguas y tempestades de este mundo...

Ibíd., (3,13).

¡Que admirable guía y prudente Maestra se muestra - con sus monjas la Santa de Avila!. El alma puede caer en la más sutil de todas las tentaciones al llegar a esta meta de su - camino. San Pablo lo advirtió "El que está en pie, mire no caiga". El alma, aun cuando, por privilegio incomprensible del amor de Dios, empieza ya a gozar de ciertos deleites celestiales, aún está en el destierro, aún no ha llegado a "La patria". Queda abierta la posibilidad de una triste falla. El-símil que emplea Teresa lo dice claro:

Algunas veces, las muchas mercedes  
las hacen andar más aniquiladas,  
que temen que, como una nau que va  
muy demasiado de cargada se va a lo  
hondo, no les acaezca así...

Ibídem., (14)

Inmediatamente después de la advertencia que podría tener un efecto perturbador en sus discípulas, con gran habilidad la gran Maestra, con otra metáfora, les devuelve la tranquilidad:

... pasan de presto, como una ola,  
algunas tempestades y torna bonanza;  
que la presencia que train del  
Señor les hace que luego se les olvide todo...

Ibídem., (14).

Todos estos favores divinos, toda esta participación de los goces celestes, como un anticipo de la gloria, producen en el alma una reacción espontánea como la produjo en Ignacio de Loyola el contemplar lo que Cristo había hecho por él, "y yo ¿qué debo hacer por Cristo?". De la misma manera que reaccionó este santo, espera la Maestra espiritual que reaccione el alma que ha recibido las caricias de Dios. Con obras, no con palabras. Y las obras serán la absoluta entrega a Aquél que enseñó el camino.

Hacerse esclavos de Dios,  
a quien señalados con su

hierro, que el de la  
cruz...

Ibídem., (4.9).

Teresa, en esta obra, emplea las metáforas expresán donos una gran verdad en su estilo, siempre sencillo y case ro. La base de todo este edificio de santidad y de perfec-- ción es el reconocimiento de nuestra propia bajeza y nuli-- dad que, implícitamente, reconoce la obra de la mano de --- Dios. Esta no es ninguna consideración ficticia, ni produc-- to de nuestra imaginación. Esto es la verdad. Como ella misma-- definió: "la humildad es verdad".

... porque todo este edificio  
como he dicho es su cimiento  
humildad...

Ibídem., (9).

## 5.- Conclusión

Terssa ha llevado de la mano al alma de sus discípulas a través de un largo camino, saturado de todo tipo de experiencias, empezando por las primeras moradas donde se desenvuelven la mayoría de los mortales que luchan por la conservación de la vida de la gracia, hasta las séptimas y últimas, donde llegan solamente los consentidos de Dios.

Cuánta sabiduría y prudente psicología muestra al guiar a sus religiosas en el ascenso de la práctica de la virtud. Desde el burdo desprendimiento de todo lo que sea pecaminoso o lleve al mal, hasta el sutil y delicado dilema a que se enfrenta el que ha de elegir el angostísimo sendero de la perfección en la entrega a su Señor. Todo esto es un claro y definido proceso ascético de santificación enseñado, paso a paso, y administrado, gota a gota, que permite y prepara la entrada al misterio, al carisma y a los favores caprichosos de Dios. Hemos de conceder que cuando Teresa introduce al alma en las recónditas moradas de la unión íntima con Dios, es difícil hablar de un verdadero y lógico proceso místico de santificación. Quién determina un orden pre-establecido a las delicadezas del amor de Dios, con el que se solaza en los más inenarrables de los deliquios con las almas que El, en sus inescrutables designios, se ha dignado escoger? Le llamamos, sin embargo, proceso, porque es un avanzar, un proceder misterioso hasta llegar a lo que

puede considerarse como un anticipo del cielo, en las séptimas moradas, a la unión con Dios más íntima imaginable, el matrimonio espiritual. Consideramos, en nuestra manera normal de manejar las cosas, que este proceso se va dividiendo arbitrariamente en partes que se han dado en llamar vías, y así podríamos señalar que de las primeras a las quintas moradas se da la vía purgativa, de las mismas quintas a las sextas la iluminativa y, en las séptimas, la unitiva. Siempre teniendo en cuenta que en este proceso, ya conste de etapas vías, pasos o niveles, no hay fronteras delimitadas, como no las hay en el suave paso de un color a otro en el espectro de la luz solar, el arco iris.

Tenemos, al concluir esta tesis, la enorme satisfacción de haber logrado descubrir, en la obra de Santa Teresa, que el proceso de santificación del alma, desde la decisión de amar a Dios hasta la unión íntima con El en el matrimonio espiritual, se va desarrollando conforme se van presentando las metáforas y símiles que la Santa emplea para ilustrar sus ideas. Jamás ella pretendió otra cosa en su libro sino guiar a sus religiosas en el camino de la santidad. No creemos, y ella jamás lo insinúa, que las metáforas hayan sido previamente meditadas y consideradas por Santa Teresa para esta finalidad. ¿Es una mera coincidencia, o es el medio lógico requerido por el místico para comunicarnos vivencias que quedan fuera de nuestra capacidad de percepción, -

por la carencia absoluta de medios de comunicación, que muestra mente pueda comprender? Creemos que es esto último y -- que lo hemos logrado.

El místico necesita de algo conocido por todos, para llegar a lo desconocido por todos, pero conocido para él. Al ir considerando las metáforas de la Santa para llegar a la mente de sus alumnas, cabe considerar el enorme esfuerzo que se requiere para tratar de describirle a un ciego de nacimiento una puesta de sol, o, a un sordo, la novena sinfonía de Beethoven. Pues bien, nosotros somos los ciegos y los sordos y la mística Teresa, la que, con sus metáforas, nos trata de hacer comprender ese divino proceso hacia Dios.

BIBLIOGRAFIA

6.- Bibliografía.

Allison Peers, E., El misticismo español, primera edición, traducción del inglés por Carlos Clavería, Buenos Aires-México, Espasa-Calpe Argentina, S.A., Colección Austral, 215 pp.

Efrén de la Madre de Dios, "Santa Teresa y Felipe - II", en El Escorial, 1563-1963, Madrid, 1963, 1, 417-437 pp.

Gallegos Rocafull, José M., La experiencia de Dios en los místicos españoles, primera edición, México, Editora Central, S.A. 1945, 241 pp.

González-Quevedo, J., Explicación idéntica a puntos diferentes en la contemplación para alcanzar amor, Man, 36-1964, 317-336.

Hatzfeld, Helmut., Estudios literarios sobre mística española, Editorial Gredos, S.A., 1968, Estudios y ensayos, Biblioteca Románica Hispánica.

Iparraquirre, Ignacio., Estilo espiritual jesuítico 1540-1600, Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao, 1964, -280 pp.

Jiménez Duque, Baldomero., En torno a Santa Teresa, Institución Gran Duque de Alba, Avila, 1964, 240 pp.

Lynch John., España bajo los austrias, imperio y absolutismo, 1516-1598, primera edición, traducción de Josep-Maria Bernadas, Barcelona, Ediciones Península, 1970, serie historia, Ciencia y Sociedad, 459 pp.

Menéndez Pelayo., Antología general de, recopilación orgánica de su doctrina por José Ma. Sánchez de Muniain 1a. edición, prólogo de Angel Herrera Oria, Madrid, B.A.C., MCMLVI, serie Literatura y Arte, T. II, 1361 pp.

Menéndez Pidal, Ramón., La lengua de Cristóbal Colón, El estilo de Santa Teresa y otros estudios sobre el siglo XVI, quinta edición, Madrid, Espasa Calpe, S.A. , 1968, # 280 de la Colección Austral, 142 pp.

Martín, Luis, S.J., Las Moradas de Santa Teresa y el misticismo literario, primera edición Buenos Aires, Editorial Difusión, 1946, 132 pp.

Pardo, Enrique Jorge., Estudios teresianos, Universidad Pontificia, Comillas 1964, 422 pp.

Pfandl, Ludwig , Historia de la Literatura nacional española en la edad de oro, primera edición, traducción del alemán por el Dr. Jorge Rubió Balaguer, Barcelona, editorial Sucesores de Juan Gili, S.A., MCMXXXIII, (XV+691 pp).

Ricard, Robert., Estudios de Literatura religiosa española, traducción de Manuel Muños Cortez, Gredos, Madrid, 1964, 280 pp.

Ricard, R., "Boussuet et son Panégyrique de sainte-Thérèse", RAM, 40, 1964, 31-44 pp.

Reyes Alfonso., "Las 'Moradas' de Santa Teresa" en Entre libros, primera edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1958, T. VII de las Obras Completas, 251-432 pp.

Salvador de la Virgen del Carmen., Teresa de Jesús, Diputación Foral de Alava, Vitoria, 1964, 580 pp.

Sáinz de Robles, Federico Carlos., Los movimientos literarios, (historia, interpretación, crítica), 3a. edición, Madrid, Aguilar, 1957, Colección Literaria.

Santa Teresa de Jesús., "Moradas del castillo interior", en Obras Completas; quinta edición cuidadosamente revisada, transcripción, introducciones y notas de Efrén de la Madre de Dios, O.C.D., y Otger Steggink, O. Carm., Madrid, La editorial Católica, S.A., MCMLXXVI, Biblioteca de Autores Cristianos, pp. 364-450.

Santiago de San José., "Esquema teresiano para unos ejercicios espirituales", RE 23. 1944, 290-302.

Serrano Plaja, A., "Una noche toledana. Del castillo interior al castillo fujitivo. Santa Teresa", PSA, 35, 1964, 263-302 pp.

Sinnige-Breed, A.M., "L' evolution mysique de Thérèse d' Avila exprimée par ses images", VSp, 70, 1964, 327- - 344.

Tomás de la Cruz., "El voto de obediencia de Santa-Teresa y sus tres relatos autógrafos", EC, 15, 1964, 155- - 176.

Teodosio de la Sagrada Familia., Santa Teresa, maestra de oración, El Carmen, Vitoria, 1964, 51 pp.

Torri, Julio., La literatura española, 4a. reimpresión de la primera edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, # 56 de la colección Breviarios, 425 pp.

Valbuena Prat, Angel., Historia de la literatura española. octava edición corregida y ampliada, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, S.A., 1968, T. I, 861 pp.